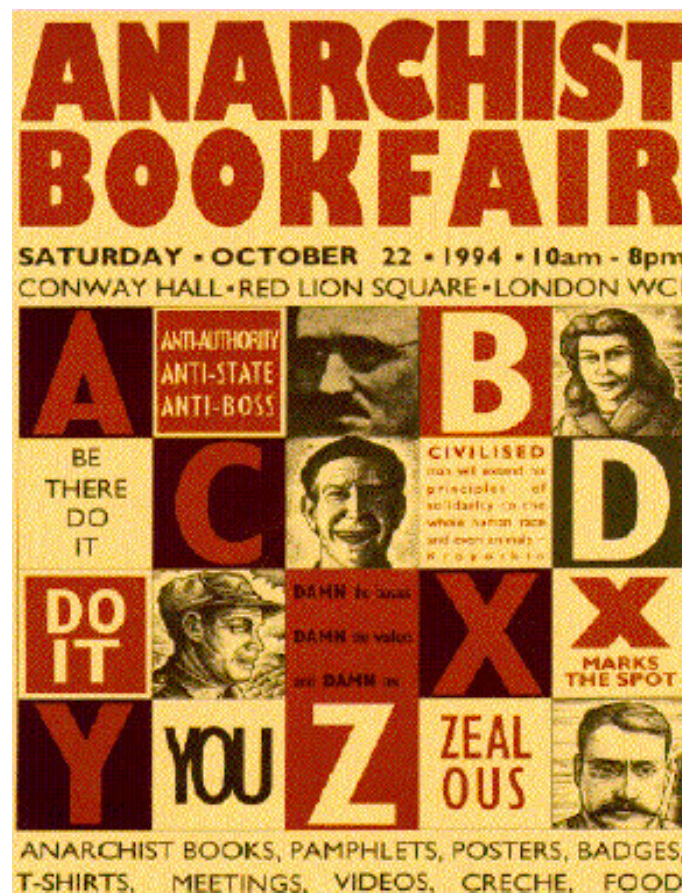


ANARQUISMO ¿UNA PROMESA INCUMPLIDA?



JOHN MOLYNEUX Y CONOR COSTICK

LA ATRACCIÓN DEL ANARQUISMO

El anarquismo siempre ha ejercido una fuerte atracción sobre quienes se rebelan contra esta sociedad corrupta. Atrae especialmente a los jóvenes, lo que dice mucho en favor de este movimiento. En todos los movimientos radicales y revolucionarios los jóvenes han tenido siempre una importancia abrumadora, ya que en la juventud, íntegra e insumisa, se encuentran los niveles más altos de energía, entusiasmo e idealismo.

Ante la explotación y la injusticia crecientes, frente al poder abrumador del estado capitalista y la mordaza asfixiante de su ideología, el anarquismo grita un desafiante ¡no!. Afirma que no tenemos por qué vivir de esta manera. Que no ha de haber ricos y pobres, explotadores y explotados, gobernantes y gobernados. Que no tiene por qué haber guerra, racismo, opresión y que no debe existir la dominación de la mayoría por la minoría, o incluso de la minoría por la mayoría.

Contra lo que siempre se ha enseñado (la ignorancia y el egoísmo naturales de la gente y, por tanto, la necesidad de una autoridad superior que le diga qué debe hacer y que mantenga el orden) el anarquismo afirma que es posible vivir de una forma cooperativa y armoniosa.

El anarquismo rechaza con desprecio la hipocresía y el oportunismo cínico de la política burguesa, en la que los políticos se empaquetan y se venden como si fueran detergente y en la que la política se deja a merced de los sondeos de opinión de la manera más descarada.

En particular, el anarquismo representa una reacción ante la incorporación progresiva de los principales partidos de izquierda y de la oposición a este mundo corrupto de la política oficial. Proporciona una expresión radical a la idea ampliamente extendida entre la gente de la calle de que todos los políticos son iguales, que sólo desean el poder y llenarse los bolsillos.

En las actuales circunstancias, por tanto, no es de extrañar que el anarquismo esté disfrutando de un resurgimiento considerable en algunos países de Europa. En sus cien años de historia, pocas veces (o ninguna), el socialismo reformista o socialdemócrata ha abandonado tan descaradamente cualquier idea de oposición al sistema, o se ha mostrado de una forma tan clara como un simple cómplice del estado. Más importante, incluso, ha sido la desintegración de los llamados regímenes comunistas de Europa del Este y Rusia. Millones de personas en todo el mundo veían estos países como la encarnación de la alternativa real existente al capitalismo occidental. Pero los acontecimientos de los últimos años han dejado al descubierto esta ilusión, demostrando no sólo el fracaso estrepitoso de las economías

burocratizadas, sino también el inmenso odio popular hacia estos regímenes. El estalinismo, la tradición que ha dominado en gran medida la izquierda a nivel internacional durante sesenta años, se ha derrumbado y la desmoralización resultante se ha extendido más allá de las filas de los propios partidos comunistas a todos aquellos que veían en el Este algo en cierto modo superior al capitalismo occidental. En esta situación es de esperar que algunas de las personas que buscan una alternativa radical perciban el anarquismo como la única ideología que aún tiene las manos limpias.

Por otra parte, el anarquismo tiene un atractivo sustancial como expresión ideológica de un determinado estilo de vida. Para un sector de la juventud que vive mayoritariamente empobrecida, a menudo desempleada y sin vivienda, ocupando casas o en los peores alojamientos alquilados, en los márgenes de la sociedad, en los barrios más empobrecidos y deteriorados, forzada a veces por las circunstancias a la pequeña delincuencia, el anarquismo simboliza su rechazo a un sistema que los ha rechazado a su vez a ellos.

Sin embargo, la posesión de nobles objetivos y de un poderoso y variado atractivo no garantiza que una ideología tenga realmente el potencial para conseguir los fines que proclama. El estalinismo, por ejemplo, tenía un inmenso atractivo para los opositores al capitalismo y al imperialismo, pero demostró ser un completo callejón sin salida. Por tanto, ¿es el anarquismo una ideología capaz de guiar la lucha por la emancipación humana con resultado victorioso?

Este folleto defenderá que no lo es, que las ideas básicas del anarquismo tienen serios fallos y dan como resultado una práctica que sólo puede entorpecer la lucha por la liberación. Presentará una crítica de la teoría y de la práctica anarquista desde un punto de vista marxista (el punto de vista del marxismo clásico de Marx, Lenin y Trotsky, no del estalinismo) y argumentará por qué sólo el marxismo, y no el anarquismo, señala el camino hacia la sociedad libre sin clases del futuro que tanto marxistas como anarquistas compartimos como último objetivo.

LAS IDEAS ANARQUISTAS

Existen muchas formas de anarquismo. Hay un anarquismo puramente individualista que rechaza toda forma de organización, y hay gran cantidad de pequeñas organizaciones anarquistas. Hay anarquistas que proclaman su fe en la gente sin tener en cuenta la clase a la que pertenecen y hay anarquistas comunistas, que se centran en la clase trabajadora, o bien el anarquismo campesino como el de Makhno. Hay un anarquismo que rechaza los sindicatos, y también anarcosindicalismo. Hay anarquistas revolucionarios, anarquistas terroristas, anarquistas pacifistas, anarquistas verdes. Y anarquistas que no se pueden

encuadrar en ninguna de estas categorías o que tienen su propia combinación única de ellas.

Hay anarquistas influenciados por Proudhon, por Bakunin, o por Kropotkin, pero no proudhonistas, bakuninistas o kropotkinistas que sigan una teoría o línea específica. Para la crítica, por tanto, el anarquismo supone un blanco móvil. Se puede atacar una teoría o política en particular, pero la mayoría de los anarquistas no la compartirán. Si se diseccionan las ideas de un pensador clásico en concreto, otros anarquistas renegarán de él.

No obstante, a pesar de esta dificultad, existen ciertas ideas y actitudes generales que son compartidas por todas o la mayoría de las versiones del anarquismo y que pueden servir como punto de partida para una crítica. Las más importantes son: a) hostilidad hacia el Estado en todas sus formas, incluyendo la idea de un Estado revolucionario; b) hostilidad hacia toda participación en las elecciones parlamentarias incluyendo la participación revolucionaria; c) hostilidad hacia el liderazgo en todas sus formas, incluyendo la dirección revolucionaria; d) hostilidad hacia todos los partidos políticos, incluyendo la idea de un partido revolucionario.

Analizaremos cada una de ellas siguiendo el mismo orden.

Estado

El significado literal del término anarquía es "sin poder" y la oposición al estado y al gobierno -no solamente a un tipo de estado o gobierno en concreto, sino todos los estados y gobiernos de todos los tiempos como una cuestión de principio- es la característica que define al anarquismo como doctrina.

El anarquismo mantiene que la simple existencia de un estado -es decir de organismos especiales formados por personas que ejercen un poder legal y físico sobre el conjunto de la sociedad- es opresiva e incompatible con la verdadera libertad humana. Para acabar con la opresión y establecer la libertad, el dominio del estado debe ser sustituido por el autogobierno de la comunidad sin ninguna autoridad central por encima de ella.

Según la opinión tradicional, tal perspectiva es o bien desastrosa o imposible. Desastrosa porque, sin el estado, la sociedad se hundiría en una caótica "guerra de todos contra todos", en la que prevalecería la llamada "ley de la jungla" y la vida humana sería "repugnante, corta y embrutecida" (tal como lo expresó el filósofo político del siglo XVII Thomas Hobbes). Imposible porque la "naturaleza humana" provocaría que determinados individuos se encumbraran y se autoproclamaran gobernantes. Por tanto, lo mejor que podemos esperar es construir el estado democrático mediante la elección del gobierno

y el mantenimiento de ciertos derechos democráticos (libertad de expresión etc.).

Sin embargo, es la "sabiduría popular" y no el anarquismo la que se equivoca a este respecto. La antropología ha demostrado claramente que los seres humanos pueden vivir en sociedad sin estado o gobierno y que tales sociedades, lejos de ser caóticas, son tanto o más ordenadas que la nuestra. Muchas de estas sociedades acéfalas (sin cabeza) han sido observadas y estudiadas por los antropólogos -un excelente ejemplo de ellas son los !Kung o Kaluhan Brohmen de África del Sur- y hay buenas razones para creer que la ausencia de estado fue la norma durante los cientos y miles de años que transcurrieron entre los orígenes de la sociedad humana y su división en clases, con la aparición de la agricultura, la cría de ganado y la propiedad privada hace entre cinco y diez mil años.

También está el anarquismo en lo cierto cuando contempla todas las formas de estado como algo relacionado con la opresión de un grupo social por otro. La aparición de la democracia parlamentaria no cambia este hecho. Los parlamentos, al margen de cómo sean elegidos, no desempeñan el poder real, que permanece concentrado en manos de los cargos permanentes del estado -generales, jefes de la policía, jueces, altos funcionarios, etc.-. Los banqueros y grandes hombres de negocios usan dicho poder para servir sus propios intereses, no los intereses de la mayoría.

Pero si una sociedad sin estado, es a la vez posible y deseable, ¿Cómo nos deshacemos del estado existente? Al tratar esta cuestión fundamental es cuando el anarquismo se encuentra con problemas.

Algunos anarquistas, todo sea dicho, ni siquiera tratan de responder a esta pregunta. Se contentan con rechazar la autoridad del estado como actitud puramente personal y no sienten la necesidad de formular una estrategia coherente para su abolición. Pero esta actitud es, por una parte, una falta de compromiso, ya que deja manos libres al estado para continuar oprimiendo perpetuamente a la gran mayoría de la gente y, por otra, una autoderrota, dado que no hay persona o pequeño grupo que pueda en última instancia resistir frente al poder del estado.

Algunos tratan de escapar de la autoridad del estado por medio de pequeñas comunidades autogestionadas en el campo o incluso dentro de las grandes ciudades. Desafortunadamente, la comuna anarquista sufre de las mismas dificultades que la comuna socialista preconizada por Robert Owen y los socialistas utópicos hace más de 150 años: es sólo una propuesta práctica para una pequeña minoría que, a pesar de todo, continúa sujeta a todas las presiones de la sociedad mayoritaria y que, más pronto o más tarde -normalmente más pronto que tarde- sucumbe ante ellas.

Sin embargo, la respuesta más seria y radical a esta cuestión es que el estado será destruido por la revolución, es decir, por un levantamiento popular: la clase trabajadora a través de su propia acción directa aplastará y desintegrará las instituciones básicas del estado existente -las fuerzas armadas, la policía, los tribunales de justicia, las prisiones, etc.-.

Desde un punto de vista marxista esto es absolutamente correcto. Después de todo, Lenin dedicó su más importante trabajo teórico, El estado y la revolución, a defender que la esencia de la revolución era esa destrucción de la máquina del estado, en contraposición a la idea socialdemócrata y reformista de "hacerse con el estado". Además, esta alternativa tiene la ventaja de haber sido llevada a la práctica: primero en la Comuna de París de 1871, luego en la revolución rusa de 1917, al tiempo que todas las grandes revoluciones de este siglo -la revolución alemana de 1918, la revolución española de 1936, la revolución iraní de 1979 o la revolución rumana de 1989- muestran una tendencia en esta dirección.

No obstante, la destrucción de la vieja maquinaria estatal plantea inmediatamente una pregunta: ¿qué va a reemplazarla? El anarquismo tiende a ser muy vago en esta cuestión, pero la única respuesta consecuente con los principios anarquistas es que el viejo estado debe ser sustituido inmediatamente por una comunidad autogobernada sin estado, sin gobierno o autoridad central. Aquí la postura anarquista pierde toda credibilidad. Una cosa es afirmar, como hace el marxismo, que el estado perderá sus funciones y desaparecerá una vez que el socialismo se haya establecido internacionalmente y las clases y la lucha de clases haya desaparecido, cuando la producción haya alcanzado un nivel en el que las necesidades básicas estén cubiertas para todos y el hábito de trabajar para la colectividad se haya convertido en natural. Y algo bastante diferente es proponer que en plena revolución, cuando el éxito de la misma pende de un hilo - como ocurrirá inevitablemente-, la clase revolucionaria debe prescindir inmediatamente de todo uso del poder.

Esto sería desastroso por dos razones fundamentales. La primera es que no tiene en cuenta la resistencia inevitable de la antigua clase dominante. La lucha de clases no termina con el triunfo del levantamiento. La historia de todas las revoluciones demuestra que la vieja clase dominante no sólo no se detendrá ante nada para mantener su poder, sino que tampoco la detendrá nada para recuperar ese poder si lo pierde. Dado que es improbable una revolución internacional simultánea, debemos tener presente que los burgueses desposeídos podrán contar con el apoyo de gobiernos y fuerzas reaccionarias en el exterior.

Una revolución triunfante debe contar con la aparición de resistencia a todos los niveles, desde la no cooperación burocrática y el

sabotaje económico a la resistencia armada, el terrorismo, la guerra civil y la intervención armada desde el exterior. ¿Puede un pueblo revolucionario hacer frente a semejante actividad contrarrevolucionaria sin la ayuda de una milicia o ejército de trabajadores, sin tribunales del pueblo y justicia revolucionaria, sin un sistema de toma de decisiones y autoridad centralizada, es decir, sin crear una forma revolucionaria de poder estatal? La respuesta es no.

Hay muchos precedentes históricos que lo prueban, pero utilizaremos un ejemplo hipotético. Imaginemos una revolución en el Estado español que se encontrara con un levantamiento de partidarios del fascismo con base en Valencia, combinado con bombardeos de la OTAN por el norte. Para defenderse, la revolución tendría que decidir qué fuerzas concentrar en el norte y cuáles enviar contra los fascistas, así como la forma de aprovisionarlas y armarlas. Esto supondría una decisión centralizada, tomada por un gobierno central. El fracaso en la coordinación de tales decisiones sería simplemente una garantía de derrota.

La segunda razón es que un estado revolucionario es esencial para establecer el nuevo orden económico. Gran parte del trabajo se llevaría a cabo desde abajo, en forma de ocupaciones de fábricas, control de la industria por los trabajadores, establecimiento de cooperativas de distribución, etc., pero en esta primera fase un estado sería todavía indispensable.

Consideremos, por ejemplo, el problema de la propiedad de las industrias y empresas expropiadas a los capitalistas. Si no estuviera en manos del nuevo estado, sino de los trabajadores de cada empresa por separado, ello no sólo entorpecería la cooperación y la planificación, sino que también llevaría a una competencia entre los diferentes centros de trabajo y esto a una economía de múltiples pequeños negocios capitalistas. Tampoco aclara mucho afirmar que las empresas serían simplemente propiedad de toda la comunidad. Esto funcionaría en una fase posterior, cuando existiera una comunidad verdaderamente unida. Pero en el curso de la revolución la "comunidad" está dividida en clases y fracciones que se oponen y luchan entre sí. Es, por tanto, totalmente necesario para la comunidad revolucionaria, la clase trabajadora, tener instituciones que representen sus intereses.

Podemos tomar también la cuestión de los desempleados, enfermos y otras personas que en la actualidad dependen de las pensiones del estado. En una sociedad socialista -o anarquista- totalmente desarrollada el desempleo desaparecerá y los bienes serán distribuidos de acuerdo con las necesidades. Pero en un primer momento, tras la revolución, inevitablemente seguirán existiendo millones de personas que dependen de los subsidios estatales y que

morirán de hambre si no reciben sus pensiones. Los subsidios se pagan con los impuestos deducidos de la población asalariada, por tanto, tendrá que existir una autoridad con poder para recaudar los impuestos en las semanas y meses que sigan a la revolución. En consecuencia, tendrá que haber un estado.

El punto débil del anarquismo en este punto es que tiene demasiado a menudo sobre la revolución la visión romántica de que tras el "gran día" todas las dificultades se resuelven simplemente con buena voluntad. En una revolución muchos millones de trabajadores y trabajadoras actúan colectivamente para cambiar la sociedad y, en ese proceso, cambian ellos mismos -su conciencia política y social, su autorreconocimiento como parte de un colectivo, se transforma y expande extraordinariamente-. Sin esto, la nueva sociedad no puede construirse. Pero el proceso de transformación ni es ni puede ser tampoco total ni uniforme, por la simple razón de que no todos los sectores de la clase trabajadora se comprometerán en el mismo grado en la lucha y algunos pueden ignorarla completamente. Esto ocurrirá en mayor medida entre los millones que constituyen los sectores inferiores de la clase media. Así pues, durante un período tras la revolución, habrá una parte de la población que en sus puntos de vista generales o en determinados asuntos esté aun influenciada por las viejas ideas o sigan la dirección de las viejas clases dominantes. Estas personas, a veces, tendrán que ser obligadas, si fuera necesario por la fuerza, a aceptar las decisiones de la mayoría.

En cierto sentido, es lo mismo que cuando los trabajadores en huelga organizan un piquete para evitar que una minoría de ellos haga de esquiroles. En definitiva, un estado de los trabajadores es simplemente un piquete elevado al más alto nivel.

Algunos anarquistas, sin embargo, afirmarán que si existe un estado, es inevitable el surgimiento de una élite corrompida por el poder que pronto evolucionará hacia una nueva tiranía. Pero con tal afirmación se ignora el hecho de que la clase trabajadora ha demostrado en repetidas ocasiones su capacidad de crear órganos de poder revolucionario completamente diferentes en forma y contenido al viejo estado capitalista, democráticos e igualitarios al mismo tiempo.

La Comuna de París de 1871 estableció el principio de que todos los cargos públicos debían ser elegidos y susceptibles de ser revocados y debían recibir sueldos de trabajadores. El soviet, o consejo de trabajadores que apareció por primera vez en San Petersburgo en la revolución de 1905 y luego se extendió al resto de Rusia en 1917, dio un paso adelante al tener delegados elegidos en los centros de trabajo. Esto realzó el elemento de control desde abajo, al hacer a los representantes responsables ante los colectivos donde la discusión democrática y el debate tenía lugar. Desde entonces, los

consejos de trabajadores han aparecido en la revolución alemana de 1918-1919, en Italia en 1920, en Hungría en 1956 y, de una forma embrionaria, en Chile en 1972, en Irán en 1979 y en Polonia en 1980.

Los consejos de trabajadores surgen espontáneamente en la lucha, no se crean según un modelo preestablecido. Son la forma lógica de organización adoptada por la clase trabajadora cuando su lucha comienza a desafiar al sistema en su conjunto y representan el núcleo del nuevo estado de los trabajadores que sustituirá al viejo estado capitalista e iniciará la transición a una sociedad sin clases en la que el estado acabará desapareciendo.

Esta es la cuestión esencial. El estado no es en absoluto una institución eterna, pero tampoco es sólo un error o una mala idea que de alguna manera se introdujo en la mente de la humanidad, esclavizándonos hasta que los anarquistas entraron en escena para explicarnos que no era necesario. El estado surge de determinadas condiciones económicas y sociales -la primera y más importante, la división de la sociedad en clases antagónicas sobre la base de un bajo nivel de las fuerzas productivas- y no puede ser abolido hasta que esas condiciones reales hayan cambiado. Además para cambiar esas condiciones es necesaria una nueva forma revolucionaria de estado. Al negarse a reconocer esta necesidad, el anarquismo, a pesar de sus buenas intenciones, se condena a la impotencia, o si sus ideas predominan en el movimiento revolucionario, condena a la revolución a la derrota.

Elecciones

Otra característica del anarquismo es su rechazo a cualquier participación en las elecciones. Lemas como "Izquierda y derecha, la misma mierda", "Votes por quien votes, el Estado siempre gana", "sólo los tontos votan", y cosas por el estilo, son típicos.

La verdad es que hay mucho de cierto en la crítica anarquista a las elecciones.

La mayoría de los partidos de izquierda ven las elecciones como el elemento más importante de su trabajo. Ven los cambios a través de las instituciones como la única manera de cambiar la sociedad. Hemos visto vez tras vez que, lejos de cambiar el mundo, esta política sólo consigue cambiar a los que habían sido socialistas, convirtiéndolos en defensores del Estado y del capitalismo. El apoyo a la OTAN, la creación de los escuadrones de la muerte, GAL, y la introducción de la ley de extranjería y de la reforma laboral por el último Gobierno del PSOE son ejemplos suficientes, pero hay muchos más, de otros partidos parecidos, a lo largo de este siglo.

Los anarquistas tienen razón en discrepar de esta postura. No hay duda de que cualquier cambio importante en la sociedad sólo vendrá a través de las luchas de masas, no por elegir unos cuantos diputados que lo hagan para nosotros.

Pero la cuestión no termina aquí. También tenemos que reconocer que la mayoría de los trabajadores sigue a tales dirigentes, y acepta gran parte de sus ideas. Y para organizar una lucha seria, hay que tener en cuenta a los trabajadores tal y como realmente son ahora, no sólo como nos gustaría que fueran. Entre otras cosas, esto tiene que llevarnos hasta una actitud más sutil hacia las elecciones.

El rechazo por principio a las elecciones no es nuevo, ni siquiera es específico del anarquismo. Lenin lo criticó hace casi 80 años, cuando lo expresaron los "comunistas de izquierda", que formaban los nuevos partidos comunistas. A la vez que repudiaron la participación en las elecciones, tacharon a millones de trabajadores de "contrarrevolucionarios".

Lenin respondió: "¿cómo se puede decir que el 'parlamentarismo ha caducado políticamente', si 'millones' y 'legiones' de proletarios son todavía, no sólo partidarios del parlamentarismo en general, sino incluso francamente 'contrarrevolucionarios'!? Es evidente que el parlamentarismo en Alemania no ha caducado aún políticamente. Es evidente que los 'izquierdistas' de Alemania han tomado su deseo, su actitud político-ideológica política por una realidad objetiva. Este es el más peligroso de los errores para los revolucionarios."1

Todo el argumento de los "ultraizquierdistas" es muy familiar hoy en día; se critican las ideas reaccionarias de millones de trabajadores -"se dejan engañar con el consumismo, con la tele y el fútbol, etc."-, sólo para llegar a la conclusión de que ya es el momento para llevar a cabo "la acción directa" de los revolucionarios contra el poder.

En defensa de los izquierdistas criticados por Lenin, por lo menos en su día había soviets, consejos obreros, en la mitad de Europa, y habían pasado sólo dos años desde que un motín y huelgas de masas habían acabado con el rey alemán, el Káiser, y tres años desde la revolución bolchevique. Hoy estamos lejos de tal situación.

¿Qué implica esta crítica? ¿Debemos convertirnos todos en electoralistas? En absoluto.

Los bolcheviques a veces, según las circunstancias, hicieron campañas de abstención. Otras veces, sin nunca convertirse en reformistas, presentaron candidatos.

La clave es que no participaron para conseguir cambios legislativos, ni con la idea de formar un Gobierno que introduciría el socialismo. El PSOE hace mucho tiempo que ni siquiera se plantea tales objetivos, pero, aunque se combine con hablar de la importancia de los movimientos sociales, como hace Izquierda Unida, se siguen viendo las elecciones y el trabajo en las instituciones como la clave para cambiar la sociedad.

Los bolcheviques, en cambio, veían las elecciones por encima de todo como una oportunidad de proponer ideas revolucionarias entre los trabajadores, en un momento en que estaban hablando de política. Además, en el caso de ganar escaños parlamentarios, que sí lograron varias veces, los diputados servían como portavoces -nunca dirigentes- del partido. Jamás se presentaron al parlamento ni Lenin, ni Trotsky, ni los demás dirigentes conocidos bolcheviques. El trabajo electoral era aceptado como importante, pero siempre subordinado al resto de la actividad del partido. Al revés de lo que pasa con los partidos parlamentarios hoy en día, era el partido quien dijo a los diputados que asuntos debían impulsar, cómo debían apoyar a las diversas luchas obreras, etc., no los diputados quienes dirigieron el partido.

Lo que muestra el ejemplo de los bolcheviques es que, mientras la necesidad de una revolución es un principio, la actitud hacia las elecciones es una cuestión de táctica, que depende de las circunstancias.

De hecho, la actitud anarquista es como un reflejo de la reformista al obsesionarse con la cuestión de las elecciones y el parlamento como una cuestión de principios. Y el peligro es que cuando este "principio" se rompe, como siempre pasa en un momento u otro, se desliza fácilmente de la "abstención por principio" a crear ilusiones en el parlamento y en el Estado capitalista.

Esto se vio en el Estado español en los años 30. La CNT, por principio, defendía la abstención en las elecciones. Así que en las elecciones legislativas de noviembre de 1933, los anarquistas hicieron campaña por la abstención, y la derecha ganó. Fue el subsecuente peligro de la llegada al poder de los semi-fascistas de la CEDA lo que provocó las sublevaciones de octubre de 1934, cuya derrota dejó a decenas de miles de trabajadores en la cárcel.

Con el argumento de que era necesario un Gobierno de izquierdas para sacar a sus compañeros de la cárcel, la CNT cambió su actitud en las elecciones de febrero de 1936. Como organización no pidió el voto al Frente Popular, aunque sí lo hicieron varios dirigentes. Sin embargo, la ausencia de la habitual llamada cenetista a la abstención fue una señal suficientemente clara como para dejar que sus bases apoyasen al Frente Popular. Después de la sublevación fascista de julio de 1936,

la CNT llegó a tener ministros en Madrid, en lo que no dejó de ser un Gobierno capitalista.

El revolucionario ruso, Trotsky, argumentó que los revolucionarios debían ponerse al lado de los trabajadores combativos, que tenían ilusiones en un Gobierno reformista, apoyándoles contra la derecha, pero advirtiéndoles a la vez que el Frente Popular no era capaz de resolver sus problemas. La política de la CNT, o de abstención o bien de apoyo tácito, sin explicaciones, sólo podía reforzar estas ilusiones, lo que contribuyó a la derrota de la CNT, y de la revolución misma.

La "oposición por principio" a las elecciones, que da lugar en momentos difíciles a la participación en las elecciones e incluso en el Estado, es incapaz de ganar a los trabajadores influenciados por el reformismo, -que normalmente son la gran mayoría-.

La actitud revolucionaria, en cambio, implica aprovechar de las elecciones para presentar sus ideas ante la masa de los trabajadores.

Liderazgo

Los anarquistas frecuentemente proclaman su rechazo ante la idea de liderazgo o dirección. Es comprensible. En la sociedad capitalista, la clase dominante siempre se ha considerado a sí misma como una clase nacida para dirigir, y el "liderazgo" es una de las cualidades que trata de inculcar con más ahínco en sus hijos, mediante una serie de diversos centros educativos de élite. En este contexto, el liderazgo se asocia con arrogancia, abuso de poder y privilegio. Los anarquistas tienen razón al reaccionar en contra de ello.

El liderazgo de la izquierda en los movimientos sindicales tampoco presenta un cuadro atractivo. A lo largo de este siglo, convertirse en líder "socialista" o socialdemócrata ha sido sinónimo de moderación y ascenso en la escala social.

La trayectoria habitual de un activista, comienza con el intento de ganarse el apoyo de las bases con retóricas y políticas que suenan radicales para después ascender gradualmente, desechando los principios conforme avanza, hasta que surge como un miembro de la élite política en toda regla, con sus trajes elegantes, coche con chófer, salario elevado, contactos en el mundo de los negocios y muchas otras ventajas, un prisionero total del orden de cosas que se proponía cambiar.

Más o menos lo mismo ocurre con el líder sindical. Desde el momento en que él -normalmente es él- obtiene un cargo de responsabilidad abandona las sombrías condiciones del taller por la comodidad de la oficina. Su paga y horas de trabajo dejan de estar en relación con

las de los trabajadores que representa y comienza a acumular privilegios. Su trabajo consiste en hacer de intermediario entre los trabajadores y la dirección de la empresa y, poco a poco, pasa más tiempo en compañía de la última que de los primeros. La corrupción en sentido político, sino en el económico, es más o menos inevitable. Pronto empieza a ver los conflictos y las huelgas como problemas que hay que resolver, no batallas que hay que ganar, y la mejor manera de resolverlos es negociar los niveles mínimos con los que se pueda engatusar o forzar a los trabajadores para que acepten.

Un "liderazgo" de este tipo es políticamente desastroso. En momentos de gran agitación, cuando amplias masas de trabajadores empiezan a comprometerse, a tomar las riendas de la situación, el instinto inmediato de tales líderes es tratar de calmar las cosas y restablecer la normalidad. Incluso si esto, implica traicionar la causa que supuestamente ellos representan.

Los acontecimientos de mayo de 1968 son un ejemplo clásico. Este movimiento extraordinariamente espontáneo de estudiantes y trabajadores desafió al régimen gaullista con batallas de masa en las calles de París, ocupaciones estudiantiles y una huelga general nacional de diez millones de trabajadores, combinada con numerosas ocupaciones de fábricas. Los "líderes" -lo que en estos momentos significaba fundamentalmente la dirección del Partido Comunista y la CGT- no pudieron pensar en nada mejor que limitar este movimiento potencialmente revolucionario a una serie de peticiones modestas sobre salarios y condiciones de trabajo y hacer volver a todo el mundo a sus puestos de trabajo lo antes posible.

De experiencias como ésta, que se han repetido una y otra vez en la historia de la lucha de la clase trabajadora y en el movimiento revolucionario, es fácil sacar la conclusión de que el liderazgo como tal, es un fracaso y que debería acabarse con él. Desafortunadamente hay un problema insuperable en esta postura. El liderazgo es un hecho. Además es un hecho que proviene no de una idea errónea en la gente, de la maldad innata de ciertos individuos o de unas determinadas estructuras organizativas, sino del hecho de que las personas difieren en sus experiencias.

Incluso los disturbios, manifestaciones, huelgas y levantamientos más espontáneos, de los que la historia no ha dejado constancia de dirección u organización formales, si se los mira al microscopio se podrán observar momentos informales y estructuras de liderazgo: la persona que grita "adelante" en el momento clave, aquellos que se adelantan a la primera línea de la muchedumbre, la persona que lanza la primera piedra...

El anarquismo -y esto es crucial- también se ha visto afectado por este hecho. No importa cuántos anarquistas puedan renegar del

liderazgo; el hecho es que los movimientos anarquistas siempre han tenido dirigentes y que la historia del anarquismo, al igual que la del socialismo o la del conservadurismo, es, en parte, la historia de sus figuras dirigentes: Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Makhno, Goldman, Voline, incluso Daniel Cohn-Bendit. El hecho de que los movimientos anarquistas son particularmente vulnerables a los líderes autodesignados, autoperpetuados o incluso al líder designado por los medios de comunicación -los espontáneos movimientos estudiantiles de los sesenta sufrieron considerablemente a este tipo de "estrellas" promovidas por los medios-.

Si el anarquismo es incapaz de resolver el problema de su propio liderazgo, lo es aún menos en el caso del conjunto de la clase trabajadora. Históricamente, este liderazgo ha residido o bien en la socialdemocracia o en el estalinismo, lo que ha llevado a innumerables traiciones y derrotas, desde la descomposición de la II Internacional ante la influencia del "interés nacional", hasta la vergonzosa connivencia del Partido Socialista Obrero Español con el racismo de la ley de extranjería de hoy en día. El anarquismo, con su simple existencia, representa un reto a la hegemonía de dichas fuerzas en el movimiento obrero. Por el mero hecho de producir libros, folletos, octavillas o incluso charlas, el anarquismo combate por su influencia en la izquierda y la clase trabajadora. Sin embargo, en la medida en que rechaza el liderazgo como tal y, por lo tanto, fracasa en la lucha política y organizativa por la dirección de la clase, contribuye, no a la liberación de la clase trabajadora de sus líderes, sino a la perpetuación del dominio de los embaucadores dirigentes socialdemócratas y estalinistas.

Tampoco ayuda el tratar de barrer el problema bajo la alfombra con frases como "la dirección no importa, es lo que las masas hacen lo que cuenta". La concepción burguesa de la historia, en línea con su elitismo e individualismo generales, exagera indudablemente el papel de los dirigentes fuera de toda proporción, hasta hacer de ella una sucesión de reyes, emperadores, generales y presidentes, y un marxista, menos que nadie, no puede permitirse olvidar esto. Pero las acciones de los líderes tienen incidencia real. Los dirigentes no pueden conjurar revoluciones, no pueden inventarse o crear movimientos de masas. De hecho, no pueden hacer revoluciones en absoluto, sólo las masas pueden hacerlo. Pero dada la existencia de un movimiento de masas y una situación revolucionaria, el papel que juega la dirección de este movimiento puede afectar el resultado de una manera importante, e incluso en ocasiones ese papel puede ser decisivo para la victoria o el fracaso del movimiento revolucionario.

En Alemania, en los años del ascenso de Hitler al poder (1929-1930) existía un movimiento obrero de masas cuyas lealtades se dividían entre el SPD socialdemócrata y el Partido Comunista (KPD). Si este movimiento hubiera unido sus fuerzas habría podido parar a los nazis.

El hecho de que los líderes socialdemócratas, como de costumbre, evitaran una confrontación y de que los líderes comunistas, bajo las órdenes de Stalin, concentraran sus ataques en los socialdemócratas y no en los nazis, impidió que se forjara dicha unidad y ayudó en gran manera al ascenso de Hitler al poder.

De este modo, puesto que el problema del liderazgo o dirección no puede ser ignorado o pretender que no existe, sólo queda una alternativa para quienes de verdad quieren cambiar la sociedad: trabajar por construir una dirección genuinamente revolucionaria que esté bajo el control democrático de los que la apoyan, que se resista a la corrupción por el sistema y que sea capaz de identificar el camino correcto a seguir en la lucha. La confusión teórica del anarquismo en este tema y su oposición obsesiva a cualquier tipo de dirección lo incapacita para llevar a cabo esta tarea.

Partido

La cuestión de la dirección revolucionaria nos lleva directamente a la del partido revolucionario. Sin embargo, la oposición anarquista a la idea del partido es, si cabe, más intensa que su hostilidad al estado y al liderazgo.

Una vez más, se trata de algo muy comprensible. El hecho de que partidos que dicen ser marxistas, leninistas y partidos obreros hayan sido el principal instrumento de opresión y explotación de cientos de millones de trabajadores en los llamados estados comunistas ha provocado una obligada reacción "anti-partido". Cuando se añade a esto la naturaleza conservadora, burocrática y profesionalizada de los partidos socialdemócratas y reformistas y el sectarismo más bien ridículo de algunos supuestos partidos de izquierda revolucionaria entonces la sospecha general acerca de toda idea de partido es quizás inevitable.

Sin embargo, estos hechos no alteran la necesidad de construir un partido revolucionario de la clase trabajadora, esencial tanto para sostener la lucha de clases cotidiana como, con mayor motivo, para garantizar el éxito de la futura revolución.

¿Por qué necesitamos un partido revolucionario? Hay dos simples e inexcusables razones. La primera es que la clase trabajadora se enfrenta a un enemigo altamente organizado y centralizado y, por tanto, para derrotarlo debe organizar sus propias filas. Ocurre así en cada empresa y lugar de trabajo donde los trabajadores se enfrentan al poder organizado del capital y en los que la organización y la unidad de acción de la fuerza de trabajo es la primera condición de cualquier resistencia exitosa. Los trabajadores que intenten enfrentarse a sus jefes individualmente, sin el poder de la organización colectiva, serán simplemente despedidos. Resulta

todavía más evidente a nivel del conjunto de la sociedad, donde el dominio de los jefes está protegido por la organización más altamente centralizada: el estado capitalista. Todos los trabajadores, por mínima que sea su conciencia política de clase, entienden esta necesidad de organizarse y por tanto aquellos anarquistas que rechazan completamente la organización se condenan al completo aislamiento de la clase trabajadora.

La segunda razón inexcusable para la existencia de un partido revolucionario tiene que ver con el desarrollo desigual de la conciencia política de la clase trabajadora. El control capitalista de los medios de comunicación, el sistema educativo, la iglesia y otras muchas instituciones les asegura que en tiempos "normales" -es decir, salvo en los períodos de lucha revolucionaria de masas- la ideología capitalista ejerce una influencia poderosa sobre el pensamiento de la mayoría de los trabajadores.

Sería bastante equivocado describir a los trabajadores como una masa completamente manipulada que acepta con pasividad todo lo que le lanza el capitalismo: su experiencia cotidiana de la explotación, la opresión, la pobreza o el desempleo, desmiente esta presunción. No obstante, sigue siendo cierto que las ideas burguesas tienen una influencia poderosa en la clase trabajadora. La conciencia típica de la clase trabajadora es una combinación contradictoria de ideas críticas que derivan de su propia experiencia y de ideas reaccionarias impuestas desde arriba. Por ejemplo, muchos trabajadores odian a sus jefes y comprenden que hay una ley para los ricos y otra para los pobres, pero también adoptan prejuicios racistas, sexistas, etc. Otros trabajadores pueden ser antirracistas o antisexistas pero siguen aferrados a la idea de que la empresa no podría funcionar sin el incentivo de los beneficios. En tiempos normales sólo una minoría de trabajadores se opone al capitalismo y a la ideología capitalista de forma consistente.

Por eso es esencial que exista una organización política basada en esa minoría de trabajadores conscientes políticamente para emprender la batalla en favor de las ideas revolucionarias dentro del movimiento y la lucha de la clase trabajadora y los oprimidos.

Por esta razón la estrategia adoptada por muchos anarquistas que aceptan la necesidad de una organización de la clase trabajadora -la estrategia del anarcosindicalismo- es inadecuada. El anarcosindicalismo contrapone al partido político marxista la idea del sindicalismo revolucionario. Es un paso adelante frente al anarquismo individualista, en el sentido de que al menos intenta conectar con la clase, pero no es suficiente.

Los sindicatos son esencialmente organizaciones de masas creadas por los trabajadores para negociar y luchar por mejores salarios y de

condiciones de trabajo en el marco del sistema de relaciones de producción capitalistas. Para llevar a cabo esta función de forma efectiva su número de miembros debe ser tan amplio e integrador como sea posible. Idealmente, un sindicato incluirá a cada trabajador en el lugar de trabajo, sector o industria excepto a los acérrimos esquirolas y fascistas. De este modo, los sindicatos, de forma inevitable y correcta, agrupan a un gran número de trabajadores cuyas ideas son confusas y en muchos asuntos abiertamente reaccionarias.

Por eso debe de haber un nivel más en la organización de los trabajadores, el partido político, que emprenda la batalla por las ideas revolucionarias, por la estrategia revolucionaria y la dirección revolucionaria dentro del sindicato, así como entre otros sectores de la sociedad (los parados, estudiantes, amas de casa...) que no están en sindicatos o en centros de trabajo.

Los anarquistas que perciben la necesidad de una lucha coordinada en favor de las ideas revolucionarias y por tanto forman sus propias organizaciones anarquistas diferenciadas están, de hecho, formando partidos anarquistas bajo otro nombre. No reconocerlo abiertamente no es una ventaja que les permita evitar los problemas que acosan a otras organizaciones, sino una desventaja, en el sentido de que su confusión sobre este asunto -junto con sus problemas sobre el estado y el liderazgo- les impide abordar cualquier estrategia coherente o tener una idea clara sobre el papel y las estructuras de su propia organización.

La necesidad de una organización de la clase trabajadora y el desarrollo desigual de su conciencia son hechos que sólo pueden negar quienes piensen que es muy revolucionario pintar a la clase trabajadora con los colores más resplandecientes e irreales. Por tanto la respuesta anarquista más habitual es deducir que la experiencia de supuestos partidos revolucionarios muestra que, inevitablemente han degenerado en partidos burocráticos, elitistas, autoritarios... El anarquista pregunta: "¿Qué garantía hay de que el partido que proponéis no siga el mismo camino?".

Desde luego, no puede haber ninguna garantía absoluta, como no la hay de la victoria de la revolución, del éxito de una manifestación o de una huelga o del triunfo del anarquismo.

La única forma razonable de afrontar este problema es, primero, establecer la causa de la degeneración de tantas organizaciones y partido de los trabajadores y luego, ver qué se puede hacer para evitarlo.

Los anarquistas suelen explicar la degeneración de los partidos en términos del afán de poder innato de los dirigentes o por el autoritarismo inherente a determinadas formas de organización tales

como el centralismo democrático. La primera explicación es equivocada ya que es evidente que la degeneración burocrática ha afectado no sólo a los partidos leninistas sino también a todo tipo de organizaciones obreras, incluyendo a los partidos reformistas de masas y a los sindicatos -entre ellos a los anarcosindicalistas-.

En contraste, los marxistas explican la tendencia a la degeneración por la presión ejercida sobre las organizaciones de los trabajadores por parte de la sociedad capitalista en la que se desarrollan. La presión que se ejerce a dos niveles. Por un lado, la explotación, la opresión y el trabajo alienado impuestos a los trabajadores por el capitalismo les dificulta el desarrollo de la confianza y la conciencia necesarias para controlar a sus dirigentes. Por otro lado, el capitalismo, por su misma naturaleza, ejerce continuamente una influencia corruptora sobre los dirigentes, de tal modo que, directa o indirectamente, les separa de la base de trabajadores.

Esta explicación es especialmente importante para dar cuenta del que constituye sin duda el caso más grave de degeneración en la historia del movimiento revolucionario: la transformación del bolchevismo en estalinismo. En primer lugar, la presión del capitalismo mundial sobre la Revolución Rusa -con una guerra civil impuesta y apoyada desde el exterior- destruyó a la clase trabajadora que había protagonizado la revolución de 1917. Esta clase, que había alcanzado en 1917 un extraordinario nivel de conciencia y confianza, fue destrozada de tal forma por la guerra, el hambre, las epidemias y el colapso económico total que fue incapaz de continuar ejerciendo una dirección saludable sobre la sociedad. Y la dirección de la clase inevitablemente se burocratizó. En segundo lugar, la presión del capitalismo sobre esta dirección burocratizada -simbolizada por Stalin- provocó el abandono de su orientación basada en la revolución internacional -lo único que podía haber salvado la revolución- en favor de la competencia con el capitalismo en su mismo terreno, es decir se produjo el establecimiento de la explotación capitalista de estado con el fin de acelerar la acumulación competitiva de capital.²

Las mismas presiones, aunque en circunstancias muy diferentes, producen también el control de los delegados profesionales sobre los sindicatos y el de los representantes parlamentarios sobre los partidos reformistas.

¿Cómo puede entonces un partido revolucionario protegerse de estas presiones siempre presentes en la sociedad capitalista? Son esenciales cuatro medidas:

1. El partido debe participar en las luchas cotidianas de los trabajadores. Esta relación crea una contrapresión a la ejercida por el capitalismo. A diferencia del partido revolucionario, los partidos reformistas se basan principalmente en la pasividad de los

trabajadores, y las sectas no establecen relación alguna con la clase trabajadora.

2. El partido debe mantener estrictamente los principios revolucionarios. Esto excluirá tanto a los elementos oportunistas como a los políticamente atrasados, que son proclives a la manipulación.

3. Por razones obvias, la dirección del partido no ha de gozar de ningún privilegio material.

4. La estructura y las normas del partido deben combinar la democracia -discusión y debate amplios sobre la política, la elección y la responsabilidad de la dirección- con el centralismo -unidad de acción en la puesta en marcha de las decisiones mayoritarias-. Habitualmente (y sobre todo los anarquistas) el centralismo o la disciplina se perciben como un mecanismo de control autoritario desde arriba. De hecho en un partido revolucionario es precisamente un instrumento de democracia, con el que se asegura que los dirigentes ponen en práctica la política del partido, a diferencia de las organizaciones que no adoptan el centralismo democrático, en las que los dirigentes tienen "libertad" para desatender la política del partido o para cambiarla a su antojo.

En última instancia, lo decisivo es la relación viva del partido con la lucha de clases y esto no está garantizado de antemano por ninguna estructura formal. Pero esta afirmación no altera en modo alguno la necesidad de un partido para la victoria revolucionaria y, dada la constante presión ejercida por el mundo capitalista sobre todos los partidos obreros, es el centralismo democrático leninista el que ofrece los mejores instrumentos para resistir a estas presiones.

Con su rechazo de los partidos en general y del partido leninista en particular, el anarquismo solamente contribuye al desarme organizativo y político de la clase trabajadora y al fracaso de la revolución.

LAS RAÍCES DEL ANARQUISMO

La concepción capitalista del mundo, hegemónica en los medios de comunicación y en el sistema educativo, considera las ideologías políticas como el producto de destacados pensadores que interpretan el mundo desde su particular punto de vista, con sus valores, prejuicios y comprensión personal. Estas diferentes ideologías - conservadurismo, liberalismo, socialismo, anarquismo... - son consideradas, por tanto, como ideas que compiten en el "mercado ideológico" para representar mejor el interés público general o nacional.

El marxismo no concibe las ideologías políticas de esta forma. Aunque es cierto que cada ideología concreta es con frecuencia, y en un primer momento, formulada o expresada plenamente por una persona - como en el caso de Marx y el marxismo- también es verdad que el pensamiento individual está profundamente modelado por su situación social y su experiencia, que las ideologías son habitualmente desarrolladas y pulidas por muchas manos y que las distintas ideologías consiguen apoyos en tanto se articulan y se corresponden con las circunstancias, intereses y aspiraciones de un grupo social definido.

No se trata de un proceso simple o mecánico por el que una determinada ideología expresa neta, exactamente los auténticos intereses de un grupo concreto o de que todos los miembros de ese grupo apoyen complacientemente la ideología. Por el contrario, la relación entre las ideologías y sus raíces sociales es a menudo compleja e incluso distorsionada. Además, los grupos sociales se solapan, interactúan y se influyen unos a otros. No obstante, las ideologías tienen raíces sociales y, puesto que los grupos sociales más importantes y fundamentales son las clases sociales (determinadas por su posición en el proceso de producción), las ideologías tienen raíces sociales y una base de clase.

El conservadurismo (en sus diferentes formas nacionales: democracia cristiana en gran parte de Europa, "toryismo" en Gran Bretaña, , etc.) es sin duda alguna la ideología dominante de la clase capitalista en la actualidad. El liberalismo del siglo XIX fue la ideología de la burguesía industrial naciente, pero desde entonces ha tendido a debilitarse desde esta prominencia y actualmente es una mezcla de los intereses de una sección de la clase capitalista y de un sector de la clase media o pequeña burguesía. El socialismo surgió claramente como ideología de la clase trabajadora, pero ha sido adaptado por la socialdemocracia y el reformismo para servir los intereses de la burocracia del movimiento sindical. El estalinismo en la URSS fue una perversión del socialismo, desarrollado para servir los intereses de la burocracia dirigente en los sistemas de capitalismo de estado.

El marxismo clásico (o socialismo revolucionario) intenta expresar los intereses de la clase trabajadora. Es un análisis general de la historia, la sociedad y la política desde el punto de vista de la lucha de la clase trabajadora y está basado en su experiencia.

Las ideologías rivales, por consiguiente, no están comprometidas en una búsqueda desinteresada del interés público, sino que son una parte integral de los proyectos de diferentes clases y grupos para imponer su voluntad en la sociedad. La principal objeción al conservadurismo no consiste en reprocharle que está pasado de moda, que es una ideología reaccionaria o errónea en algunas de sus

doctrinas, sino que representa -desgraciadamente, con bastante éxito- los intereses de la clase explotadora.

¿Cuáles son entonces las raíces del anarquismo? ¿Qué experiencia representa? Estas cuestiones son decisivas para una valoración completa del anarquismo como ideología.

La respuesta no puede ser simple, pues como hemos señalado, el anarquismo se presenta bajo formas muy diferentes.

En primer lugar, el anarquismo no es evidentemente la ideología de la clase capitalista, totalmente comprometida con el mantenimiento de su estado, su ley y su orden. Tampoco es la ideología de aquella sección de la clase media -ejecutivos de la industria y los negocios, etc.- en gran parte subordinada a la propia clase capitalista y que acepta generalmente su ideología conservadora, pero que en momentos de crisis social y económica extrema, cuando tanto su estatus como sus ahorros parecen amenazados, puede oscilar hacia el fascismo. El anarquismo tampoco es la ideología de ese otro sector de la clase media en el capitalismo moderno, los directores y gestores de la administración local y el estado del bienestar, que en tanto se rebelan contra el conservadurismo, tienden hacia el liberalismo o el reformismo socialdemócrata con sus ideas sobre un "capitalismo de rostro humano".

Pero, ¿puede el anarquismo proclamar que es una ideología de la clase trabajadora? Con la excepción del anarcosindicalismo, al que volveremos más tarde, la respuesta es claramente negativa.

En primer lugar, muchos pensadores anarquistas rechazan o niegan la relevancia de la clase trabajadora como agente de la transformación social. En segundo lugar, los temas dominantes en la teoría anarquista -su individualismo, su hostilidad hacia la organización, o al menos su ambigüedad hacia ella, y su rechazo del estado- son ajenos a la experiencia de los trabajadores y a las necesidades de la lucha de la clase trabajadora.

La clase trabajadora es una clase colectivista por su posición social y económica en el capitalismo. La industria capitalista reúne a los trabajadores colectivamente en fábricas y otros centros de trabajo. El trabajador, como productor, es parte de una compleja división del trabajo, demanda cooperación y disciplina -bajo el capitalismo esta disciplina está impuesta desde arriba por el empresario, el director y el capataz, tras la revolución, predominará la autoorganización del colectivo, pero permanecerá un elemento de disciplina necesaria a la producción industrial-. Como víctimas de la explotación, los trabajadores pueden resistir a esta explotación y mejorar sus condiciones sólo mediante la organización colectiva y la lucha. Para proteger a sus miembros más vulnerables -enfermos, inválidos,

parados, gente mayor, etc.- la clase trabajadora no tiene más elección que luchar por soluciones colectivistas, inversiones estatales, un servicio de sanidad pública... Finalmente, la clase trabajadora sólo puede tomar posesión de los medios de producción de forma colectiva, utilizando su propio estado.

El espíritu del anarquismo está fundamentalmente reñido con estas necesidades permanentes de la lucha de la clase trabajadora, y por esta razón el anarquismo no ha conseguido nunca obtener un apoyo sustancial de la clase trabajadora en ningún país industrializado. El anarquismo, por lo tanto, no es la ideología de la clase trabajadora o de cualquiera de las clases más importantes en el capitalismo moderno. Para encontrar sus raíces sociales debemos mirar hacia los estratos más marginales de la sociedad capitalista.

Una de las fuentes originales del anarquismo fueron los pequeños comerciantes y artesanos de principios del siglo XIX, especialmente arraigados en Francia. Los trabajadores cualificados o artesanos de la manufactura estaban empobrecidos y sometidos, pero trabajaban de forma aislada y poseían sus propios medios de producción. En este sentido, formaban parte de la pequeña burguesía. Odiaban el estado y a los capitalistas que los oprimían y explotaban y al sistema capitalista que les exprimía, pero carecían del poder colectivo de la clase trabajadora industrial. Para este sector, el anarquismo expresaba su sueño de una comunidad igualitaria de pequeños productores independientes.

Otra de las fuentes originales del anarquismo fue el campesinado. Los campesinos han sido generalmente la clase más sometida a la pobreza y la más oprimida en la sociedad capitalista pero, al igual que los artesanos, producen individualmente y poseen, o aspiran a poseer, sus propias porciones de terreno. Por tanto, pertenecen también, estrictamente hablando, a la pequeña burguesía. En momentos de rebelión, el campesinado odia el estado, identificado con la recaudación de impuestos y defensor de los grandes terratenientes, pero también lo ve como a un enemigo, algo así como un poder ocupante extranjero, cuya supresión permitiría continuar la vida con toda normalidad. La dependencia de la economía rural con respecto a la industria y la ciudad -por ejemplo la necesidad de proveerse de los instrumentos y la maquinaria agrícola necesarios para su trabajo- no es percibida inmediata o necesariamente por el campesino, cuya actitud hacia el estado es abiertamente hostil: "vete y déjame cultivar mi tierra en paz": Estamos así ante el sueño de una república de pequeños productores muy similar al de los artesanos y este sueño puede encontrar la misma expresión en el anarquismo.

Desafortunadamente para el anarquismo, tanto los artesanos como los campesinos son estratos en declive en la sociedad capitalista. La marcha inexorable de la industria capitalista debilitó la posición de

los artesanos, que no podían competir con la producción en masa, y estos se vieron forzados a pasar a las filas del trabajo asalariado. Como parte del mismo desarrollo económico, millones de campesinos fueron desplazados del campo y arrastrados hacia las ciudades por la perspectiva de trabajo y mejores condiciones de vida, en un proceso masivo de urbanización y proletarización.

Fue este el fenómeno que dio nacimiento al anarcosindicalismo. El anarcosindicalismo es la variedad del anarquismo que más se adapta a la situación de clase de los trabajadores y constituye una modificación de los principios anarquistas "puros" en la dirección del socialismo. Se trata de una ideología de compromiso que abandona la sospecha anarquista hacia la organización colectiva, la disciplina y el liderazgo lo suficiente como para aceptar el sindicalismo, aunque no lo bastante como para incorporar el papel del partido revolucionario y la lucha por el poder político. Este compromiso se corresponde con la situación transitoria de un campesinado recientemente proletarizado que todavía no ha abandonado sus tradiciones y vínculos preindustriales.

Hasta ahora sólo hemos considerado el anarquismo y el anarcosindicalismo del siglo XIX y de la primera parte del siglo XX, el anarquismo de Proudhon y Bakunin, de Kropotkin y Malatesta, de Makhno y Voline, Goldman y Berkman, un movimiento y una tradición que florecieron en diversos momentos y en varias formas en Francia, Italia, Rusia, Estados Unidos, México y España durante las primeras fases de la industrialización y la urbanización de esos países y que alcanzaron su culminación en la tragedia de la guerra civil española. Lo que no hemos explicado son las bases sociales del anarquismo en el capitalismo avanzado contemporáneo en el que artesanos, campesinos y trabajadores de reciente proletarización no son ya una fuerza social significativa.

El historiador anarquista George Woodcock señala que en la primera edición de su estudio clásico Anarquismo: una historia de las ideas y movimientos libertarios, escrito entre 1960 y 1961, trató el anarquismo como un fenómeno esencialmente del pasado, un movimiento que había llegado a su fin con la caída de Barcelona en manos de Franco en 1939, comprobando el nuevo revivir del movimiento casi inmediatamente después de que él mismo hubiera sentenciado su defunción.

En los años sesenta se produjo un renacimiento del anarquismo como parte de la radicalización de esta década, a cuyo frente se encontraba la revuelta estudiantil de América, Italia, Gran Bretaña y sobre todo Francia. Los estudiantes rebeldes se sintieron atraídos en aquellos años por una amplia variedad de ideas -maoístas, guevaristas, trotskistas, pacifistas, libertarias, etc.- pero no es

accidental que el movimiento estudiantil en su conjunto tuviera un "ethos" espontaneísta, anarquista.

Los estudiantes de los sesenta eran muy diferentes de sus predecesores de preguerra. Producto de la expansión de la educación superior para satisfacer las necesidades del boom económico de postguerra, su número se vio enormemente incrementado. Aunque todavía predominantemente de clase media, procedían de un espectro más amplio de la sociedad de lo que había sido hasta entonces y un título ya no era un pasaporte hacia una posición segura en la clase dominante o en el sector superior de la clase media. Además las prestaciones universitarias no habían seguido el mismo ritmo de crecimiento que el número de estudiantes, lo que dio origen a la masificación y al malestar estudiantil, al sentirse tratados como en una cadena de producción para la industria capitalista. Al mismo tiempo, los estudiantes permanecían social y culturalmente separados de la clase trabajadora.

Inspirados por la lucha de los negros norteamericanos y las revoluciones antiimperialistas en el "Tercer Mundo" (vistas a través de los espectáculos mediáticos) y enfurecidos por la obscena guerra de Estados Unidos en Vietnam, los estudiantes se rebelaron contra la estructura autoritaria de las Universidades, la sociedad de consumo, los valores conformistas de los cincuenta y la moderación e integración de la izquierda tradicional. Una mezcla indefinida de socialismo libertario y anarquismo expresó tanto el extremismo radical de la revuelta de los estudiantes como su inestabilidad debida a su aislamiento respecto a la clase trabajadora.

Desde los sesenta el capitalismo ha creado una nueva capa social que ha provisto al anarquismo de una base adicional. La actual crisis económica del sistema, manifestada en tres recesiones internacionales (1974, 1980, y 1990), ha supuesto el retorno del desempleo masivo. Los niveles de desempleo no han igualado todavía los de los años 30, pero han superado en mucho los de los cincuenta y sesenta y se ha producido un crecimiento especialmente agudo del desempleo juvenil. Entre estos jóvenes desempleados ha surgido una capa con poca o ninguna experiencia de empleo regular, aislada cada vez más de la mayoría de la clase trabajadora. Envuelta en una subcultura en la que intervienen drogas, pequeña delincuencia, y mendicidad, acosados por los propietarios, la policía y los funcionarios, rodeada por las imágenes de la abundancia y la realidad de la decadencia urbana, las condiciones de vida de esta juventud la convierten en enemiga de toda autoridad y disciplina y fuente natural de un vago, espontáneo y aireado anarquismo.

Hasta ahora hemos identificado cuatro grupos que constituyen las raíces sociales del anarquismo: artesanos, campesinos, estudiantes y jóvenes desempleados y/o marginados. Estos grupos tienen en común una

posición marginal en relación al corazón productivo del capitalismo. Esta marginalidad tiene como resultado la pobreza, la opresión, la alienación y una propensión a la revuelta, a menudo en forma extrema y violenta; pero esto también les priva del poder económico y político para derrotar al estado capitalista, subvertir las relaciones capitalistas de producción y construir un nuevo orden social y económico. La fuerza y la debilidad de la ideología anarquista refleja precisamente esta fuerza y debilidad de su base social.

El balance histórico del anarquismo

Para encontrar los orígenes de elementos del pensamiento anarquista podemos remontarnos a los comienzos de la historia humana, puesto que los seres humanos han soñado siempre con una sociedad libre e igualitaria. Pero el anarquismo como movimiento e ideología definidos data, igual que el marxismo, de mediados del siglo XIX.

En el curso de este siglo y medio de existencia, no cabe duda de que el anarquismo ha contribuido con innumerables individuos, héroes y heroínas, famosos y desconocidos, que han dado sus vidas para y por la causa revolucionaria. Tampoco hay duda de que las debilidades que hemos identificado se han mostrado repetidamente en la práctica anarquista.

Dentro de los límites de un pequeño texto como éste es imposible reseñar la historia completa del anarquismo con sus numerosas complejidades y variedades. No intentaremos hacerlo. En cambio intentaremos simplemente ilustrar y, de este modo, reforzar, los argumentos ya presentados, refiriéndonos a tres episodios de la historia del anarquismo: las actividades de Bakunin en los años setenta del siglo pasado; el anarquismo en la Revolución Rusa; y el papel del anarquismo en la guerra civil española. No es éste un intento de explorar la historia del anarquismo utilizando ejemplos de escándalo, traición o idiotez -un esfuerzo insustancial que puede fácilmente ser reproducido para la historia del marxismo- sino de examinar los momentos clave en la historia de la lucha revolucionaria, que ofrecen algunos de los puntos culminantes de la práctica anarquista. Nos enfrentaremos así con la tradición anarquista en su terreno más fuerte, y no en el más débil.

Bakunin

Mijail Bakunin (1814-1876) es, quizá, la figura más conocida en la historia del anarquismo. Ciertamente, en su aspecto, su estilo de vida y su pasión por la acción, aparece como el arquetipo del héroe anarquista romántico. Participle directo en una serie de insurrecciones fallidas y veterano de muchas prisiones (incluyendo cinco años de solitario confinamiento en la famosa fortaleza de Pedro

y Pablo en San Petersburgo), Bakunin, más que cualquier otra persona fue el fundador del anarquismo como tendencia organizada distinguible del movimiento socialista más amplio.

Encarnó también con particular intensidad las contradicciones inherentes a la ideología anarquista.

En sus ataques al marxismo como "estatista" y "autoritario" y en sus muchas proclamas demagógicas, Bakunin se presenta como el oponente radical de todo poder, autoridad, dirección y subordinación. Así, el programa del movimiento de Bakunin, la "Alianza por la Democracia Socialista", declara:

"Con el grito de paz a los trabajadores, libertad para todos los oprimidos y muerte a los gobernantes, explotadores y guardianes de todo tipo buscamos destruir todos los estados y todas las iglesias junto con todas sus instituciones y leyes (religiosas, políticas, jurídicas, financieras, policía, universidad, económicas y sociales) de forma que los millones de seres humanos engañados, esclavizados, atormentados y explotados, liberados de todos sus dirigentes y benefactores, oficiales y oficiosos, colectivos e individuales, puedan respirar al menos con completa libertad."3

Mientras en 1871 declaraba:

"En una palabra, rechazamos toda legislación, toda autoridad y todo poder privilegiado, autorizado, oficial y legal sobre nosotros, incluso nacido del sufragio universal."

Y en 1872:

"Nosotros, no aceptamos, incluso para una supuesta transición revolucionaria, convenciones nacionales, asambleas constituyentes, gobiernos provisionales o autodenominadas dictaduras revolucionarias."

Sin embargo, en su propia práctica política, Bakunin se dedicó a la organización de pequeñas conspiraciones secretas y jerárquicas sustentadas en el principio de obediencia completa a su propia persona. Bakunin explicaba sus métodos en una carta a Nechayev, el famoso conspirador ruso:

"Las sociedades cuyos objetivos estén cercanos a los nuestros deben ser forzadas a fundirse con nuestra Sociedad o, al menos, deben estar subordinadas a ésta sin su conocimiento, a la vez que la gente nociva debe ser desplazada de ella. Las sociedades contrarias o positivamente perjudiciales deben ser disueltas, y finalmente el gobierno debe ser destruido. No se puede conseguir todo esto

solamente difundiendo la verdad; la astucia, la diplomacia, el engaño, son necesarios."4

Fueron éstas las tácticas que Bakunin empleó en su intento de conseguir el control de la Asociación Internacional de Trabajadores o Primera Internacional. Cuando Bakunin y sus seguidores se unieron a la Internacional en 1869 declararon su propia organización, la Alianza por la Democracia Socialista, disuelta, pero de hecho se mantuvo como red secreta. En 1872 Bakunin escribió a un seguidor italiano lo que sigue:

"Pienso que más pronto o más tarde llegarás a comprender la necesidad de fundar, dentro de las secciones de la Internacional, núcleos compuestos por los miembros más seguros, más dedicados y más enérgicos, en fin, los más afines. Estos núcleos, estrechamente unidos entre ellos y con núcleos similares que están organizados o se organizarán en otras regiones de Italia o en el extranjero, tendrán una doble misión. Para empezar, formarán el alma inspirada y vivificante de ese cuerpo inmenso llamado la Asociación Internacional de Trabajadores y después se ocuparán de cuestiones que es imposible tratar públicamente... Para hombres tan inteligentes como tú y tus amigos creo que he dicho bastante... Naturalmente esta alianza secreta aceptaría sólo a un número muy pequeño de individuos."5

Esta contradicción entre los principios declarados y la práctica real no debe verse simplemente como una consecuencia de los deseos personales de dominar de Bakunin. En realidad, Bakunin es la encarnación viva de la contradicción inherente en el rechazo del anarquismo a la dirección como tal: es decir, en lugar de una dirección democráticamente elegida y revocable, no encontramos una ausencia de líderes, sino líderes no democráticos, no elegidos, no revocables.

Sin embargo, la conspiración secreta no sólo violaba los mismos principios del anarquismo; era un método desastroso para dirigir la revolución de la clase trabajadora. Ningún pequeño grupo de personas especialmente secreto podía efectivamente calcular o guiar la disposición de la clase trabajadora; por lo tanto la conspiración lleva directamente al "putchismo", el intento por parte de pequeñas minorías de escenificar insurrecciones, independientemente de las acciones o los deseos de la mayoría de trabajadores.

Bakunin tomó parte en un gran número de aventuras de este tipo, todas fracasadas patéticamente, incluyendo la de Lyon en septiembre de 1870 en la que, en medio de una ola de inquietud popular, él y sus seguidores ocuparon el Hotel de la Ville, se constituyeron ellos mismos en el Comité por la Salvación de Francia y anunciaron la abolición del estado. Desafortunadamente el estado no reconoció su abolición y, rápidamente, con dos compañías de la Guardia Nacional,

acabó con el golpe de Bakunin. Bakunin tuvo que huir finalmente a Génova, no pudiendo así participar en la auténtica revolución obrera, la Comuna de París del año siguiente.

Significativamente, Bakunin aplicó su concepto de poder secreto no sólo a la organización del movimiento revolucionario, sino también a la organización de la sociedad posrevolucionaria. En una carta a su amigo y seguidor Albert Richard, Bakunin explicaba cómo él y sus seguidores constituirían una "dictadura Secreta" una vez establecida la anarquía:

"...como pilotos invisibles en medio de la tempestad proletaria, debemos dirigirla, no a través de un poder abierto, sino por medio de la dictadura colectiva de los Aliados (los miembros de la Alianza): una dictadura sin cargo aluna, sin títulos, sin derechos oficiales y más fuerte, puesto que no tendrá ninguna de las apariencias del poder. Esta es la única dictadura que acepto."6

Afortunadamente esta concepción de un poder invisible puede desecharse como una completa fantasía, puesto que si fuera realizable sería la más antidemocrática forma de gobierno imaginable.

Por último, Bakunin personaliza en su trayectoria como agitador profesional las variadas raíces sociales del anarquismo del siglo XIX descrito en la anterior sección de este texto. Su inspiración primera proviene de la rabia y la violencia de las revueltas campesinas -como las dirigidas por Stenka Razin y Pugachev- en su nativa Rusia. Así, idealizó al bandolero rural como "el vengador del Pueblo, el enemigo irreconciliable del régimen estatal entero,... el auténtico y único revolucionario -el revolucionario sin palabras vacías y sin retórica libresca".

En 1867 Bakunin desvió su atención y la de sus seguidores hacia la totalmente burguesa y liberal Liga por la Paz y la Libertad, promovida por John Stuart Mill. Rápidamente desilusionado con la burguesía y el rechazo de sus ideas, volvió a la Primera Internacional y "adoptó" por un periodo al proletariado. En la Internacional recibió apoyo principalmente de los artesanos rurales de la Federación Jura de Suiza y del campesinado dominante en el sur de Italia, mientras él también miraba con mayor simpatía a los intelectuales y estudiantes desilusionados, "jóvenes fervientes, enérgicos, totalmente desclasados, sin profesión o salida". Después de su expulsión de la Internacional en 1872 ataca la concepción marxista de la clase trabajadora ya que significaba "el dominio aristocrático de los trabajadores de las fábricas y de las ciudades sobre los millones que constituyen el proletariado rural".

Algunos anarquistas de última hora pueden estar tentados de repudiar a Bakunin, pero, como veremos, los defectos fundamentales del

bakuninismo reaparecen en el anarquismo del siglo XX, incluso en sus "grandes" momentos.

ANARQUISMO EN RUSIA

Como cabía esperar en un país predominantemente campesino, la tradición anarquista precedió a la marxista en Rusia. Pero lo que realmente llama la atención es el pequeño papel del anarquismo en la revolución de 1917.

La revolución rusa fue la más grande y profunda de la historia. El nivel de lucha y conciencia política conseguido por los trabajadores y soldados rusos en 1917 es el más alto alcanzado por cualquier clase trabajadora en cualquier tiempo, aunque el anarquismo apenas consiguió afirmar un pie en este movimiento transcendental.

Así, Voline, el intelectual anarquista ruso más importante del periodo, a su vuelta a Rusia en julio de 1917 no encontró ni un solo periódico cartel u orador anarquista en Petrogrado, el auténtico corazón de la revolución. En los soviets, los anarquistas carecían de representación significativa e incluso en los comités de base de las fábricas las resoluciones bolcheviques vencían constantemente a las resoluciones anarquistas por aplastante mayoría.

Dos razones esenciales explican su fracaso. La primera fue el papel jugado por los bolcheviques. En general el sentimiento anarquista se desarrolla entre sectores de la clase trabajadora en el momento en que la dirección del movimiento de los trabajadores más traiciona a la clase y empieza la desilusión, pero en 1917 los bolcheviques ofrecían una dirección claramente revolucionaria y atrajeron de este modo el apoyo de la gran mayoría de los militantes de la clase trabajadora.

La segunda razón es la existencia, desde febrero a octubre de 1917, de un período de poder dual, es decir, un período de lucha entre dos estados rivales. Por un lado permanecían los restos del viejo estado zarista, con su ejército y su burocracia, encabezado por el Gobierno Provisional; por otro, estaban los soviets, creados por los propios trabajadores y soldados y cuyo poder y autoridad iba en aumento. La cuestión crucial -en última instancia la única cuestión- era cuál de estos estados acabaría por triunfar. ¿Aplastaría el viejo estado zarista-capitalista a los soviets y a la clase trabajadora o destruiría ésta el viejo estado transfiriendo todo el poder a los soviets? Todas las fuerzas políticas que vacilaban en este asunto -el gobierno de Kerenski, los mencheviques, etc.- se veían continuamente reducidos a la impotencia. Una tendencia como la anarquista, que rechazaba por principio todos los estados, estaba necesariamente marginada.

La mayoría de los anarquistas comprometieron su ideología y se convirtieron en tibios partidarios del poder soviético o rompieron con el anarquismo y se unieron a los bolcheviques. Quienes no lo hicieron, como el veterano Kropotkin (ya desacreditado por su apoyo a los imperialismos ruso, británico y francés en la Primera Guerra Mundial), llegaron a identificarse con el cada vez más odiado Gobierno Provisional.

De hecho, sólo poco después de la Revolución de Octubre, en la Guerra Civil que la siguió, pudo jugar el anarquismo un papel independiente y significativo en los acontecimientos.

La Guerra Civil fue un período de intensas dificultades para la revolución y de sufrimientos enormes para el pueblo ruso. La revolución estaba asediada. Los ejércitos blancos, dirigidos por los generales zaristas más reaccionarios y respaldados con dinero, armas y tropas por todas las fuerzas del capitalismo internacional, estuvieron a punto de tomar Petrogrado y acabar con el joven estado obrero. Añadida a la devastación de la Guerra Mundial, la crisis económica de 1917, el desorden inevitable causado por la propia revolución y las abundantes pérdidas infligidas sobre Rusia en el Tratado de Brest Litovsk, la Guerra Civil no sólo produjo un terrible número de bajas directamente sino que también provocó un colapso completo de la economía soviética. La industria se paralizó, el sistema de transportes se descompuso, no había combustible para calentar las ciudades, los trabajadores se veían forzados a volver al campo en busca de alimentos, las epidemias de cólera y tifus hacían estragos de un modo brutal.

El hecho de que, a pesar de todo, los bolcheviques consiguieran continuar y salir victoriosos es testimonio del profundo apoyo que habían construido en la clase trabajadora rusa. No obstante, en esta situación, el anarquismo consiguió ganar audiencia entre sectores de la clase trabajadora y, sobre todo, en el campesinado, desilusionado por las amargas privaciones que sufría.

El descontento era frecuente entre los campesinos. En 1917 habían tomado las tierras de sus viejos opresores, los terratenientes, y los bolcheviques lo habían aprobado, uniendo de esta forma la revuelta campesina en el campo a la revolución proletaria urbana. Pero durante la Guerra Civil, el estado obrero se había visto obligado a requisar grano de los campesinos por la fuerza de las armas. No había elección -la alternativa era una hambruna masiva en las ciudades y la derrota total de la revolución- pero inevitablemente enajenó al campesinado.

Mientras la guerra estaba en su punto más alto, la amenaza inmediata de la vuelta de los terratenientes aseguró la lealtad de las masas campesinas al estado soviético, pero en cuanto acabó la guerra, estalló la ira campesina.

Surgieron así dos fenómenos de importancia histórica, asociados con el anarquismo y encuadrados en la tradición anarquista: el movimiento de Makhno y la rebelión de Kronstadt. Ambos movimientos han sido mitificados por el anarquismo como expresiones de la auténtica revolución libertaria del pueblo, aplastada por el "totalitarismo bolchevique". La realidad, sin embargo, fue muy diferente.

Makhno

Nestor Makhno, un joven anarquista ucraniano, encabezó un ejército campesino que se enfrentó con gran audacia y éxito primero al ejército blanco y después al ejército rojo, hasta que fue finalmente vencido por el ejército rojo al final de la guerra civil.

Archinof, el anarquista ruso que escribió la historia de su movimiento, describió el proyecto de Makhno así: "organizar las grandes masas campesinas como fuerza social que debía tener una misión histórica particular, hacer brotar la energía revolucionaria acumulada en ellas durante siglos, esgrimir esa fuerza formidable sobre todo el régimen opresor contemporáneo."⁷

Trotsky, en cambio, argumentó, según Archinof, que "todos los discursos de los makhnovistas y de los anarquistas sobre la comuna libertaria de los trabajadores, no equivalían más que a un engaño de guerra, mientras que, en realidad, los makhnovistas y anarquistas aspiraban a introducir su propia autoridad anarquista..."⁸

¿Cuál de estas apreciaciones era la más acertada?

Archinof mismo describe cómo la realidad distaba mucho del modelo ideal anarquista. En la zona makhnovista, "surgieron organizaciones campesinas llamadas «comunidades del trabajo» o «comunidades libres». Así, cerca de la aldea de Pokrovskoyé se organizó la primera comuna libre con el nombre de Rosa Luxemburg... Ahora bien: la vida interior de la comuna no tenía nada que ver con la doctrina por la cual había luchado Rosa Luxemburg. La comuna estaba fundamentada en el principio autoritario."

Voline, otro anarquista ruso, y seguidor de Makhno, habló de "la formación de una camarilla entorno a Makhno. La camarilla a veces tomó decisiones y cometió acciones sin tomar en cuenta la opinión del Consejo [de Campesinos, Trabajadores e Insurgentes] o de otras instituciones. Perdió su sentido de proporción, mostró desprecio hacia todos los que estuvieran fuera de ella, y se desconectó cada vez más de la masa de los combatientes y de la población trabajadora."⁹

¿Por qué no se cumplieron las declaraciones de Makhno?

La razón más inmediata es que se encontraba en el medio de una guerra, donde los ideales suelen perderse. Pero este era precisamente el argumento de los bolcheviques, a quienes los anarquistas tachaban de "autoritarios". Y los bolcheviques eran los que estaban intentando no sólo luchar en una región, como Makhno, sino coordinar toda la guerra civil, contra 14 ejércitos invasores, a lo largo de un enorme país, además de intentando abastecer a las ciudades. Claro que iba a haber errores y excesos, pero se trataba de intentar defender la revolución contra la destrucción a manos de los países capitalistas.

Esto lleva al otro punto, más decisivo. La guerra civil, y en general la revolución, mostraron la necesidad de coordinación por parte de los revolucionarios. La revolución de octubre 1917 se había basado en la clase trabajadora, una clase capaz de organizarse a sí misma, con la creación espontánea de los soviets, dentro de los cuales cabían tendencias políticas diferentes.¹⁰

La destrucción causada por la guerra descompuso la clase trabajadora, y los soviets, con el resultado de que los bolcheviques se encontraron sustituyendo a una clase trabajadora que era -se esperaba, temporalmente- ausente. Si la revolución alemana de 1918-23 hubiera ganado, habrían llegado los recursos necesarios para la reconstrucción de la industria y así la regeneración de esta clase. A pesar de las dificultades en que se encontraron, la estrategia bolchevique podía haber logrado su meta.

La estrategia de Makhno, en contraste, estaba condenada a fracasar. La sustitución de democracia por autoritarismo en el movimiento makhnovista no era mala suerte, algo coyuntural, sino que surgía de la misma naturaleza del campesinado. Marx, en 1852, había escrito de los campesinos que "son... incapaces de hacer valer su interés de clase en su propio nombre... No pueden representarse, sino que tienen que ser representados. Su representante tiene que aparecer... como una autoridad por encima de ellos..."¹¹

Esta fuerza externa, para los bolcheviques, no tenía que ser unos pocos dirigentes, sino el movimiento democrático de trabajadores en las ciudades -muchos de los cuales habrían salido hacia poco del campo-. Pero para Makhno esta alternativa estaba excluida. Él habló del "veneno político de las ciudades... las ciudades siempre emiten un olor de mentira y traición del cual muchos, incluso entre los compañeros que se llaman anarquistas, no están exentos."¹²

Si las ciudades, y por extensión la clase trabajadora industrial, estaban corruptas, y los campesinos, como hemos visto, no eran realmente capaces de una autoorganización independiente, el poder necesariamente tenía que caer cada vez más en las manos de Makhno y su camarilla.

Y si bien Makhno era un hábil dirigente de la guerra de guerrillas en una zona limitada, su movimiento, basado como estaba en su poder personal y su camarilla, era totalmente incapaz de dar una dirección a la revolución en su conjunto. Como parte de la revolución bolchevique, podía jugar un papel positivo en la guerra civil. Como alternativa a la revolución bolchevique, sólo podía llevar al fracaso, y a la victoria de las fuerzas contrarrevolucionarias.

Kronstadt

En Kronstadt, una base naval isleña que controlaba todos los accesos por mar a Petrogrado, los marineros habían jugado un papel dirigente en la revolución de 1917. En marzo de 1921 Kronstadt se sublevó en una rebelión armada contra el régimen de los bolcheviques demandando el final de las requisas de grano y "unos soviets sin comunistas".

Como en el caso de Makhno, la revuelta de Kronstadt adoptó eslóganes libertarios (como el llamamiento a una "tercera revolución") que atraieron el apoyo de los anarquistas, pero tenía sus raíces en la oposición campesina al "Comunismo de Guerra".

Temiendo que la revuelta pudiera conducir a un reinicio de la recién terminada guerra civil, los bolcheviques no tenían opción, sino intentar tomar la isla por fuerza. Además, se tenía que hacer lo antes posible, antes de que se deshiciera el mar helado, lo que habría liberado a los acorazados para acercarse y atacar a Petrogrado.

La batalla que resultó fue sangrienta, sobre todo para los bolcheviques. Los amotinados les dispararon con cañones. Entre los que murieron directamente por recibir tiros, y los que cayeron al mar por los huecos en el hielo, se perdieron 10.000 soldados del ejército rojo. Los muertos entre los marineros de Kronstadt, incluyendo a los fusilados después de la toma de la base, sumaron 600.

¿Cómo había la revolución llegado a tales extremos?

La guarnición de Kronstadt de 1921 no era la de 1917. Su composición de clase había sufrido un cambio de importancia. Muchos de los veteranos de 1917 habían muerto en la guerra, o habían ido a tomar puestos en el nuevo estado obrero. Les habían reemplazado nuevos reclutas del campo, muchos de los cuales procedían de áreas en las que arraigaba el movimiento de Makhno, como los 2.500 ucranianos del regimiento 160.

Pero, como hemos visto, el campesinado no era una fuerza social capaz de hacer avanzar la revolución rusa. Las condiciones materiales de vida del movimiento campesino (vinculación a la propiedad privada en su forma de pequeña propiedad, individualismo en el modo de

producción, aislamiento geográfico y económico de las fuerzas de producción decisivas en las ciudades) le imposibilitaban para plantear una alternativa nacional (y aún menos, internacional) al poder bolchevique. La sociedad moderna no puede ser dirigida u organizada desde el campo.

La única clase que podía ser la base para la construcción de una nueva sociedad era, y es, la clase trabajadora. Esta clase fue creada por el capitalismo, un sistema de producción internacional, y es, consecuentemente, una clase internacional. La clase trabajadora rusa había tomado el primer paso de una revolución socialista, pero había quedado aislada primero por el retraso de la revolución internacional, y luego decisivamente por su derrota, en Alemania, en 1918-23, y, por fin, en China, en 1926-27.

Este triste final no se podía prever en 1921, pero sí quedaba claro que dentro de Rusia la clase trabajadora había casi desaparecido como fuerza social. Las únicas fuerzas coherentes en Rusia eran los bolcheviques y los blancos contrarrevolucionarios.

En estas condiciones, no tenía sentido hablar de "soviets sin bolcheviques" o de una nueva revolución. O, más bien, el acabar con el poder de los bolcheviques sólo podía significar dárselo a los Blancos, cuyo trato a todos los revolucionarios, anarquistas incluidos, hacía a los bolcheviques parecer muy puntillosos.

Los Blancos comprendieron esto perfectamente y dirigieron todos sus esfuerzos a enviar ayuda alimentaria a Kronstadt mientras hacían planes para mandar fuerzas con el fin de hacer triunfar la revuelta.

El mito de Kronstadt ha sido un estandarte anarquista durante décadas. Irónicamente, ahora lo están adoptando algunos ex estalinistas que utilizan la supresión del motín tanto para condenar toda la revolución, como para intentar demostrar que Trotsky, que acabó asesinado en 1940 por su oposición a Stalin, fue igualmente sanguinario que el deshonorado dictador.

Hay que reconocer que la batalla en Kronstadt fue algo que cualquier revolucionario preferiría que no hubiera pasado. Pero en una revolución a veces se tiene que enfrentar con condiciones adversas, y se tienen que hacer cosas que no gustan. Y en las condiciones reales de Rusia en 1921, no había opción, si se quería defender la posibilidad de la revolución internacional. Esto nada tiene que ver con las matanzas cometidas más tarde por Stalin, ya no para defender una revolución, sino para acabar con lo que quedaba de ella, y para explotar cada vez más a los trabajadores y campesinos.

Los bolcheviques fueron derrotados en Rusia, pero podían haber ganado, si la revolución hubiera triunfado en Alemania. Stalin

triunfó, pero en base a la destrucción de la revolución, para crear un capitalismo de Estado.

Si una revolución socialista no tuviera que preocuparse por la producción industrial; si no tuviera que encararse con la contrarrevolución armada; si, en resumen, ya viviéramos en un mundo mejor, el anarquismo podría servir como política.

La revolución rusa demostró que estas condiciones no se dan, y que en las condiciones de una revolución real, en el mundo tal como es, el anarquismo es, en el mejor de los casos, irrelevante, y, en el peor, un obstáculo.

ANARQUISMO EN EL ESTADO ESPAÑOL

Si la revolución rusa fue la revolución más importante del siglo XX, también la revolución española de 1936-1937 puede competir por ese título. Además se trata de la única ocasión en la historia en la que el anarquismo ha participado en un levantamiento revolucionario contando ya con un apoyo de masas, de hecho, en 1936 el sindicato anarquista, la CNT, tenía un millón de miembros y era de lejos la tendencia con más apoyos en la clase trabajadora. La revolución española puede por tanto ser considerada legítimamente como una prueba para el anarquismo -una prueba que fracasó no debido a cualquier defecto en los trabajadores anarquistas que lucharon con un coraje y autosacrificio extraordinarios, sino por los defectos inherentes al anarquismo como estrategia revolucionaria-.

La revolución española comenzó en julio de 1936 en respuesta al levantamiento fascista del general Franco contra el recién elegido gobierno del Frente Popular (una alianza del Partido Comunista, el Partido Socialista y la burguesía republicana).

A pesar de la parálisis del gobierno, los trabajadores españoles, en su mayoría inspirados por el anarquismo, se sublevaron magníficamente para parar a los fascistas. Los trabajadores armados cercaron los cuartelamientos en Madrid y Barcelona, instando a los soldados a rebelarse contra sus oficiales. Después de un día de combates los cuarteles cayeron en Barcelona y al día siguiente en Madrid. Al cabo de unos días los trabajadores se aseguraron el completo control de las ciudades. Surgieron comités de trabajadores que organizaron los transportes, los suministros de alimentación, las milicias y la atención sanitaria. Enviaron columnas armadas al campo para asegurar la comida y el apoyo al movimiento de los trabajadores agrícolas. Organizando colectivamente el funcionamiento de la sociedad se alzaron todos contra décadas de explotación y opresión. En Barcelona, por ejemplo, la posición de las mujeres avanzó más que en cualquier otro país del mundo: el aborto fue legalizado, se facilitó información sobre planificación familiar y se instituyó un nuevo

matrimonio libre, sin coerción u oposición al divorcio. Como el escritor George Orwell, que se encontraba allí en ese momento, observó:

"Por encima de todo se creía en la revolución y el futuro, se tenía la sensación de haber entrado súbitamente en una era de igualdad y de libertad. Los seres humanos trataban de comportarse como seres humanos y no como engranajes en la máquina capitalista."¹³

Las posibilidades de triunfo de una revolución obrera eran enormes, pero permanecía la amenaza fascista (Franco había conseguido establecer el control en el sudoeste de España y otro fascista, el general Mola, estaba atacando desde el norte) así como la del gobierno republicano, en el poder aún, al menos nominalmente, en Cataluña (el corazón de la revolución) y Madrid.

¿Qué hicieron los dirigentes anarquistas? (Hay que señalar una vez más la existencia en la práctica de líderes anarquistas). Entraron en el gobierno -primero en el de la Generalitat de Cataluña en septiembre de 1936 y después en el central en Madrid en diciembre-. Esta acción constituía no sólo un alejamiento de los principios anarquistas sino también, más trágicamente, una traición a la clase trabajadora y a la revolución. El gobierno del Frente Popular en el que entraron los dirigentes anarquistas estaba comprometido en la preservación de la propiedad privada y del orden social capitalista y en la restauración de la autoridad del estado capitalista republicano. Su línea era que debía haber una amplia unidad de clases, una alianza de todas las fuerzas democráticas en la lucha contra Franco y que las demandas de la clase trabajadora en el sentido de un cambio social profundo debían ser arrinconadas hasta después de la derrota de los fascistas.

Para los representantes burgueses en el gobierno esta posición expresaba el hecho de que para ellos la victoria del fascismo era en última instancia un peligro menor que la victoria de la clase trabajadora y que por lo tanto sólo colaborarían con la izquierda si se garantizaban sus derechos de propiedad. Para el Partido Socialista expresaba su complacencia (ya demostrada mucho antes) en la colaboración con la burguesía. En el caso del Partido Comunista era una política impuesta por Moscú que a la vez intentaba no alarmar a los gobiernos francés y británico que Stalin estaba cortejando como aliados contra Hitler.

De este modo, los dirigentes anarquistas participaron y aceptaron responsabilidades en un gobierno cuyo objetivo consciente era contener el levantamiento masivo de la clase trabajadora española. Esto también significaba aceptar la responsabilidad en una estrategia que, lejos de fortalecer la lucha contra Franco como afirmaba, realmente condenaba a esta lucha a la derrota.

Si se sostenía una guerra de tipo convencional contra los fascistas, Franco, apoyado por la maquinaria de guerra de Mussolini y Hitler, saldría sin lugar a dudas victorioso. Para las fuerzas antifascistas la única forma de vencer era transformar la guerra en revolución, liberando completamente la energía y la iniciativa de las masas, atraer a los trabajadores y campesinos en el territorio dominado por los fascistas, a través de los hechos y la propaganda y socavar la base de Franco en Marruecos (lugar donde lanzó su golpe) garantizando la independencia de la colonia. El gobierno del Frente Popular se opuso a todo esto y consiguió el apoyo progresivo de los líderes del anarquismo, los líderes de la tendencia mayoritaria en el movimiento obrero español.

La cuestión crucial es por qué los dirigentes anarquistas se comportaron de esta forma traidora. ¿Se trataba de una aberración puramente individual o fue el resultado de la debilidad inherente al anarquismo? Los propios dirigentes de la CNT proporcionaron la respuesta en su debate sobre una posible toma de poder por parte de los anarquistas. García Oliver planteó el dilema: "o colaboración o dictadura anarquista."¹⁴ Otro dirigente argumentó: "Nada podía estar más alejado del anarquismo que el imponer su voluntad por la fuerza."¹⁵

Ricardo Sanz resumió el problema "Desde el instante en que el movimiento se hubiese responsabilizado de todo, todo el mundo habría tenido que obedecer nuestras órdenes. ¿Qué es eso sino dictadura? Ciertamente, la dictadura no formaba parte del programa anarquista, pero era la fuerza de las circunstancias lo que había dictado nuestra propuesta [de la toma del poder], que en aquel momento nos parecía una salida. Pero no podía ser... ¿Por qué no? Pues porque la CNT se oponía."¹⁶ Por eso los dirigentes de la CNT le dijeron a Lluís Companys que él "gozaba de la confianza de Catalunya y de la CNT y que esperábamos que continuara como Presidente de la Generalitat"¹⁷.

En otras palabras: la situación es desesperada, la contrarrevolución está acechando; para resistir debe haber dirección, coordinación y poder. Este poder puede ser el del estado burgués existente o un estado de los trabajadores (la dictadura del proletariado) pero al rechazar como anarquistas la dictadura del proletariado no tenemos otra elección que unirnos al estado burgués.

Esta lógica de hierro no está limitada a la España de 1936 sino que se ha aplicado y se aplicará en situaciones revolucionarias muy variadas. La contrarrevolución siempre estará acechando, la elección real estará siempre entre poder burgués y poder obrero; rechazar la dictadura del proletariado significará siempre capitulación en el momento decisivo. El ejemplo de España, el punto más alto conseguido por el anarquismo como movimiento de masas, no es por tanto ni un accidente ni una aberración. Antes bien, este ejemplo golpea el

corazón del anarquismo mostrando su fatal inadecuación como guía de la acción revolucionaria.

LA ALTERNATIVA

La crítica al anarquismo presentada en este escrito puede resumirse en una única frase: el anarquismo no puede ganar. Pero así como las teorías científicas falsas son descartadas sólo cuando existe una más adecuada para ocupar su lugar, esta crítica del anarquismo es decisiva sólo si existe una alternativa que realmente pueda triunfar.

Esta alternativa es, en primer lugar, la clase trabajadora. Los revolucionarios serios no idealizan ni rinden culto a los trabajadores como individuos o como colectivo. No imaginan que el mero hecho de trabajar en una fábrica o en una oficina ennoblece o ilumina. Ni tiene una imagen de los trabajadores semejante a los héroes de ojos azules y cara alargada de las pinturas estalinistas. La apatía, la pasividad, la rabia mal dirigida y muchos otros defectos están presentes en la clase trabajadora bajo el capitalismo, como es inevitable en cualquier clase que sufre constante explotación, alienación y opresión. No es el estado actual de la conciencia de la clase trabajadora sino sus objetivos económicos y su posición social la que dan a ella el potencial para destruir el capitalismo y crear una nueva sociedad.

La clase trabajadora es el único y especial producto del capitalismo. El crecimiento y la expansión del capitalismo producen el mismo efecto en la clase trabajadora. Cuando Karl Marx escribió en 1848 que la sociedad "está dividiéndose cada vez más en dos grandes campos hostiles, en dos grandes clases enfrentadas directamente una a la otra: burguesía y proletariado" la clase trabajadora estaba de hecho confinada a la Europa Noroccidental y sólo en Gran Bretaña y Bélgica se acercaba a una mayoría. Hoy la clase trabajadora es una fuerza masiva, desde Sao Paulo en Brasil a Seúl en Corea, desde Estocolmo en el norte a Soweto en el sur.

Las ideas de moda que afirman que la clase trabajadora está desapareciendo se basan en concepciones completamente equivocadas. La primera es pensar que la clase obrera está compuesta sólo de trabajadores manuales de la industria manufacturera en vez de por todos aquellos que viven sólo de la venta de su propia fuerza de trabajo: confundiendo una forma de la clase con el conjunto de la clase. La segunda es fijar la atención sólo en Europa y Norteamérica ignorando así el inmenso proceso de industrialización y urbanización que ha estado teniendo lugar en muchas partes de Latinoamérica, Oriente Medio, África del Sur y el Sudeste asiático. De hecho, la clase trabajadora es absolutamente mayoritaria entre la población de todos los países capitalistas avanzados y al menos una minoría

significativa en vías de convertirse en mayoría en todos, excepto los más atrasados, países del "Tercer Mundo".

La clase trabajadora es una clase explotada. La supervivencia del capitalismo depende del beneficio extraído diariamente de la fuerza de trabajo. Se crea así un conflicto irreconciliable de intereses entre trabajadores y capitalistas acerca de los salarios, la jornada laboral y las condiciones de trabajo, conflicto que no desaparece aunque el salario sea alto (en realidad los trabajadores cualificados con salarios relativamente altos se encuentra a menudo entre los más explotados ya que se extrae de su trabajo una mayor plusvalía) y éste es el punto de arranque de la lucha de clases que se extiende a cada una de las áreas de la vida social. La clase capitalista emplea numerosos métodos para confrontar esa lucha: desde concesiones cuando puede permitírselas hasta la represión violenta cuando no puede hacerlo. Pero mientras siga existiendo el capitalismo, la lucha de clases no podrá ser erradicada y la clase trabajadora retendrá un potencial permanente de revuelta.

Siempre que se produce esta revuelta, la clase trabajadora despliega un poder político y económico desproporcionado a su número, de forma que incluso en sociedades que representa una minoría (como en Rusia en 1917 o en India o China hoy) es, no obstante, la clase revolucionaria dirigente. Este poder deriva del hecho de que el proceso capitalista de producción, distribución y comunicación depende por completo de los trabajadores. Sin la cooperación activa de los trabajadores no vuelan aviones, los teléfonos no funcionan o no se entrega el correo.

Además la producción capitalista concentra a los trabajadores en los centros de trabajo y en las ciudades, convirtiéndoles así en una fuerza compacta, forjando también entre ellos lazos a escala nacional e internacional: millones de trabajadores trabajan ahora para empresas multinacionales, que no sólo venden en el mercado mundial, sino que también fabrican en diferentes países.

Finalmente, la clase trabajadora es una clase colectivista. Para conseguir el más pequeño incremento salarial o la más mínima mejora en las condiciones de trabajo, los trabajadores tienen que unirse y actuar juntos contra el empresario. De forma similar, para que la clase trabajadora tome posesión de los medios de producción se requiere su acción colectiva, y la propiedad colectiva: la industria moderna no puede ser dividida y parcelada entre millones de trabajadores.

Estas características, todas inherentes a la posición objetiva de la clase trabajadora, hacen de ésta el sepulturero potencial del capitalismo. La experiencia histórica de la lucha de la clase trabajadora lo confirma. Evidentemente la clase trabajadora tiene aún

que desempeñar totalmente el papel revolucionario asignado por los marxistas, pero ha demostrado en la práctica su capacidad para luchar y triunfar una y otra vez durante los últimos ciento cincuenta años. Refiriéndonos sólo a los últimos 25 años, Francia en 1968, Chile en 1970-73, Portugal en 1974, Irán en 1979 y Polonia en 1980 son todos ejemplos de levantamientos masivos en los que fuerzas compuestas en su inmensa mayoría por la clase trabajadora desafiaron o destruyeron el orden existente y estuvieron a punto de tomar el poder. El gran movimiento de estudiantes y trabajadores chinos que culminó en los hechos de la plaza de Tiananmen en 1989 y las movilizaciones masivas que provocaron la caída del muro de Berlín, el colapso del estalinismo en el Este y la Caída de Ceaucescu en Rumania en el mismo año, mostraron repetidas llamaradas del mismo potencial.

Sin embargo, una orientación hacia la clase obrera como agente del cambio revolucionario, conduce directamente al marxismo, es decir, a la teoría y estrategia basada a su vez en la experiencia y las necesidades de la lucha de los trabajadores.

Es cierto que muchas personas y partidos que dicen ser marxistas han traicionado a la clase trabajadora, pero para hacerlo han tenido siempre que distorsionar o abandonar los principios marxistas básicos -por ejemplo, adoptando la teoría estalinista del socialismo en un sólo país en lugar del internacionalismo marxista o revisando la teoría marxista del Estado y acomodándose al reformismo parlamentario. Además han subsistido siempre una auténtica tradición marxista presente en la obra de Marx, Engels, Luxemburgo, Lenin, Trotsky y los movimientos que lideraron, que ha permanecido fiel a los objetivos originales de la autoemancipación de la clase trabajadora y la revolución internacional a la vez que ha actualizado y desarrollado la teoría marxista adecuándola a un mundo en transformación.

Esta tradición está hoy viva y presentando batalla, sobre todo entre los socialistas revolucionarios que comprendieron desde el principio que el estalinismo y los regímenes estalinistas no tenían nada que ver con el socialismo. Durante más de 60 años el estalinismo aisló a esta tradición y la arrinconó en los márgenes del movimiento obrero; hoy, tras la muerte del estalinismo, está encontrando un nuevo espacio y una nueva audiencia para sus ideas a nivel internacional.

Nunca ha sido tan grande la necesidad de estas ideas. La crisis del capitalismo mundial es cada día más aguda. En el momento de escribir esto estamos experimentando los efectos implacables de la tercera recesión internacional de los últimos 18 años. Una recesión que ya ha devastado los EE.UU., Gran Bretaña y Francia y que ahora empieza a atacar a las supuestas economías "milagro" de Alemania y Japón. El desempleo masivo y la pobreza son ahora generales y crecientes en toda Europa y Norteamérica. En el "Tercer Mundo" la población sufre

además hambruna y epidemias masivas. El último informe del Banco Mundial revisa su predicción de 1985 por la que se calculaba que a finales de siglo habría 500 millones de personas viviendo en la pobreza absoluta y sugiere que se superará la aterradora cifra de 1.000 millones. El Banco Mundial, con toda probabilidad, está siendo conservador.

La distancia entre lo que podría conseguirse con el despliegue racional de los inmensos avances científicos y técnicos del siglo XX y lo conseguido en el irracional sistema capitalista nunca fue tan amplia. La diferencia entre ricos y pobres (no sólo a escala mundial sino también en los países capitalistas avanzados) ha crecido de forma semejante. Los USA, el corazón del mundo capitalista, han experimentado una acumulación de riqueza extraordinaria en las capas altas de la sociedad, acompañada de una explosión de miseria y pobreza en la base: más de 40 millones de personas viven ahora por debajo del nivel oficial de pobreza y en muchas ciudades del interior la tasa de mortalidad es superior a la de países como Cuba y Jamaica.

En Europa del Este y Rusia, las dictaduras estalinistas cayeron como un castillo de naipes debido al desastre económico en que acabaron convirtiéndose los sistemas de capitalismo burocrático de estado, incapaces de resistir a la competencia económica y militar con el Oeste. Pero la introducción del mercado no ha hecho más que intensificar la crisis. En Rusia la producción de alimentos cayó más de un 20% en 1922 y el desempleo creció de forma masiva. Los países occidentales esperan poder estabilizar la situación mediante un programa de ayudas, pero carecen de recursos debido a sus propios problemas.

La crisis del capitalismo no tiene, severos como son, únicamente efectos económicos; también lleva en su estela tensión creciente entre naciones, inestabilidad política, militarismo, guerra, represión y racismo. En 1989 George Bush anunciaba un "Nuevo Orden Mundial" de paz, prosperidad y armonía, y académicos y periodistas imprudentes comenzaron a hablar del "fin de la historia". En los últimos tres años hemos tenido la guerra del Golfo, la guerra civil en Yugoslavia, numerosos conflictos en lo que fue la URSS, uno de los mayores disturbios de la historia en Los Ángeles y el surgimiento del fascismo en Europa.

El último aspecto es particularmente significativo. Explotando el desengaño político, y el sufrimiento económico, el fascismo está de nuevo reptando desde las cloacas para contaminar la atmósfera en Europa del Este, Austria, Alemania y, sobre todo, Francia. Dejar que el fascismo se desarrolle puede conducir a una repetición de lo que hizo en los años treinta: aplastar toda la oposición democrática y de la clase trabajadora, y hundir a Europa en una pesadilla de racismo, represión y guerra. El crecimiento debe ser detenido ahora y esto en

sí mismo es una tarea que requiere no sólo resistencia espontánea y confrontación (aún siendo esenciales), sino también coordinación, organización, dirección y una estrategia que haya aprendido de las lecciones del pasado.

En última instancia, sin embargo, el fascismo y la guerra serán siempre los últimos resortes del capitalismo en crisis. Hasta que el sistema que engendra estos horrores no sea destruido, estamos destinados a vivir bajo la sombra de la esvástica, el campo de concentración y la bomba atómica. Sólo la revolución y el poder de los trabajadores pueden resolver la crisis del capitalismo. Sólo la política marxista puede conducir la lucha de la clase trabajadora a la victoria. El anarquismo no puede hacerlo. La alternativa consiste en construir un movimiento socialista revolucionario basado en el marxismo.

NOTAS

1 Lenin "La enfermedad infantil del «izquierdismo» en el comunismo", en Obras Escogidas, Moscú 1980, p. 567-568

2 La cuestión de la relación entre leninismo y estalinismo es obviamente de gran importancia en el debate entre marxismo y anarquismo, pero la falta de espacio impide tratarla aquí. Ver: ¿Cuál es la tradición marxista?, John Molyneux, folleto Socialismo Internacional; Era la URSS socialista?, David Karvala, folleto Socialismo Internacional; ¿Qué es el capitalismo de estado?, Derek Howl, folleto Socialismo Internacional; La revolución traicionada, Leon Trotsky, Ed. Fontamara; El último combate de Lenin, Moshé Lewin, Ed. Lumen; El nacimiento del estalinismo, Michael Reiman, Ed. Crítica.

3 Bakunin citado en Marx, Engels, Lenin, Anarchism and Anarcho-Syndicalism, Ed. Progreso (Moscú, 1974) p108.

4 Hal Draper, Karl Marx's Theory of Revolution, Vol. IV, Monthly Review Press (Nueva York, 1990) p303.

5 Id., p285.

6 Id, p95.

7 P. Archinof, Historia del movimiento macknovista, Tusquets 1975, p59.

8 Id. p. 128.

9 Voline, citado en George Woodcock, Anarchism, Ed. Penguin (Harmondsworth, 1962) p397.

10 Reconozcamos que este pluralismo dentro de los soviets se iba perdiendo en la medida en que los partidos socialistas "moderados" pasaban a apoyar la contrarrevolución.

11 K Marx, "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte", en Obras Escogidas, Moscú (sin fecha), p173.

12 Makhno, La revolution russe en Ukraine, citado en George Woodcock, ob. cit. p396.

13 George Orwell, Homenaje a Catalunya, Seix Barral 1985, p. 10.

14 Luis Romero, Tres días de julio, Ed. Ariel, Barcelona 1967, p612.

15 Citado en Ronald Fraser, Recuérdalo tú y recuérdalo a los otros Crítica, Barcelona, 1979, p.149.

16 Ibid, p.150.

17 Ibid, p.148.